

RODOLFO WALSH

**LOS OFICIOS
TERRESTRES**

DA LEGGERE PER INTERO!!!



EDICIONES DE LA FLOR

Walsh, Rodolfo.

Los oficios terrestres.-7a. ed.-Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2005
104 p. ; 20x14 cm.

ISBN 950-515-110-1

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Diseño de tapa: Patricia Jastrzebski

Séptima edición: enero de 2005

© 1986 by Ediciones de la Flor S.R.L.

Gorriti 3695, C1172ACE Buenos Aires, Argentina

www.edicionesdelaflo.com.ar

Hecho el depósito que dispone la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

Nota

El cuento titulado “Esa mujer” se refiere, desde luego, a un episodio histórico que todos en la Argentina recuerdan. La conversación que reproduce es, en lo esencial, verdadera. El tema de “Imaginaria” me fue referido hace años, como auténtico, por mi amigo Héctor Cattólica. Los personajes e incidentes de los demás relatos son inventados; no así por cierto el fondo contra el cual transcurren.

Para satisfacer probables curiosidades, diré que el que más trabajo me costó es “Fotos”. Empecé a esbozarlo hace siete años y pasó por muchas versiones. “Imaginaria”, en cambio, se escribió de un tirón, en un rato. Comencé a escribir “Esa mujer” en 1961, lo terminé en 1964, pero no tardé tres años, sino dos días: un día de 1961, un día de 1964. No he descubierto las leyes que hacen que ciertos temas se resistan durante lustros enteros a muchos cambios de enfoque y de técnica, mientras que otros se escriben casi solos.

Según mis primitivos planes, este libro debió incluir un número mayor de cuentos. Uno de ellos, "Los oficios terrestres", iba a titularlo. Ese cuento no se dejó escribir aún, pero decidí conservar el título, un poco por cábala, y también porque no me parece demasiado ajeno al contenido tácito o expreso de estas historias.

RJW

Esa mujer

El coronel elogia mi puntualidad:

—Es puntual como los alemanes —dice.

—O como los ingleses.

El coronel tiene apellido alemán.

Es un hombre corpulento, canoso, de cara ancha, tostada.

—He leído sus cosas —propone—. Lo felicito.

Mientras sirve dos grandes vasos de whisky, me va informando, casualmente, que tiene veinte años de servicios de informaciones, que ha estudiado filosofía y letras, que es un curioso del arte. No subraya nada, simplemente deja establecido el terreno en que podemos operar, una zona vagamente común.

Desde el gran ventanal del décimo piso se ve la ciudad en el atardecer, las luces pálidas del río. Desde aquí es fácil amar, siquiera momentáneamente, a Buenos Aires. Pero no es ninguna forma concebible de amor lo que nos ha reunido.

El coronel busca unos nombres, unos papeles que acaso yo tenga.

Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme.

Algún día (pienso en momentos de ira) iré a buscarla. Ella no significa nada para mí, y sin embargo iré tras el misterio de su muerte, detrás de sus restos que se pudren lentamente en algún remoto cementerio. Si la encuentro, frescas altas olas de cólera, miedo y frustrado amor se alzarán, poderosas vengativas olas, y por un momento ya no me sentiré solo, ya no me sentiré como una arrastrada, amarga, olvidada sombra.

El coronel sabe dónde está.

Se mueve con facilidad en el piso de muebles ampulosos, ornado de marfiles y de bronces, de platos de Meissen y Cantón. Sonríe ante el Jongkind falso, el Figari dudoso. Pienso en la cara que pondría si le dijera quién fabrica los Jongkind, pero en cambio elogio su whisky.

El bebe con vigor, con salud, con entusiasmo, con alegría, con superioridad, con desprecio. Su cara cambia y cambia, mientras sus manos gordas hacen girar el vaso lentamente.

—Esos papeles —dice.

Lo miro.

—Esa mujer, coronel.

Sonríe.

—Todo se encadena —filosofa.

A un potiche de porcelana de Viena le falta una esquirra en la base. Una lámpara de cristal está rajada. El coronel, con los ojos brumosos y sonriendo, habla de la bomba.

—La pusieron en el palier. Creen que yo tengo la culpa. Si supieran lo que he hecho por ellos, esos roñosos.

—¿Mucho daño? —pregunto. Me importa un carajo.

—Bastante. Mi hija. La he puesto en manos de un psiquiatra. Tiene doce años —dice.

El coronel bebe, con ira, con tristeza, con miedo, con remordimiento.

Entra su mujer, con dos pocillos de café.

—Contále vos, Negra.

Ella se va sin contestar; una mujer alta, orgullosa, con un rictus de neurosis. Su desdén queda flotando como una nubecita.

—La pobre quedó muy afectada —explica el coronel—. Pero a usted no le importa esto.

—¡Cómo no me va a importar!... Oí decir que al capitán N y al mayor X también les ocurrió alguna desgracia después de aquello.

El coronel se ríe.

—La fantasía popular —dice—. Vea cómo trabaja. Pero en el fondo no inventan nada. No hacen más que repetir.

Enciende un Marlboro, deja el paquete a mi alcance sobre la mesa.

—Cuénteme cualquier chiste —dice.

Pienso. No se me ocurre.

—Cuénteme cualquier chiste político, el que quiera, y yo le demostraré que estaba inventado hace veinte años, cincuenta años, un siglo. Que se usó tras la derrota de Sedán, o a propósito de Hindenburg, de Dollfuss, de Badoglio.

—¿Y esto?

—La tumba de Tutankamón —dice el coronel—. Lord Carnavon. Basura.

El coronel se seca la transpiración con la mano gorda y velluda.

—Pero el mayor X tuvo un accidente, mató a su mujer.

—¿Qué más? —dice, haciendo tintinear el hielo en el vaso.

—Le pegó un tiro una madrugada.

—La confundió con un ladrón —sonríe el coronel—. Esas cosas ocurren.

—Pero el capitán N. . .

—Tuvo un choque de automóvil, que lo tiene cualquiera, y más él, que no ve un caballo ensillado cuando se pone en pedo.

—¿Y usted, coronel?

—Lo mío es distinto —dice—. Me la tienen jurada.

Se para, da una vuelta alrededor de la mesa.

—Green que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

—Me gustaría.

—Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar bien con esos roñosos, pero sí ante la historia, ¿comprende?

—Ojalá dependa de mí, coronel.

—Anduvieron rondando. Una noche, uno se animó. Dejó la bomba en el palier y salió corriendo.

Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana policromada, una pastora con un cesto de flores.

—Mire.

A la pastora le falta un bracito.

—Derby —dice. Doscientos años.

La pastora se pierde entre sus dedos repentinamente tiernos. El coronel tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

—¿Por qué creen que usted tiene la culpa?

—Porque yo la saqué de donde estaba, eso es cierto,

y la llevé donde está ahora, eso también es cierto. Pero ellos no saben lo que querían hacer, esos roñosos no saben nada, y no saben que fui yo quien lo impidió.

El coronel bebe, con ardor, con orgullo, con fiereza, con elocuencia, con método.

—Porque yo he estudiado historia. Puedo ver las cosas con perspectiva histórica. Yo he leído a Hegel.

—¿Qué querían hacer?

—Fondearla en el río, tirarla de un avión, quemarla y arrojar los restos por el inodoro, diluirla en ácido. ¡Cuánta basura tiene que oír uno! Este país está cubierto de basura, uno no sabe de dónde sale tanta basura, pero estamos todos hasta el cogote.

—Todos, coronel. Porque en el fondo estamos de acuerdo, ¿no? Ha llegado la hora de destruir. Habría que romper todo.

—Y orinarle encima.

—Pero sin remordimientos, coronel. Enarbolando alegremente la bomba y la picana. ¡Salud! —digo levantando el vaso.

No contesta. Estamos sentados junto al ventanal. Las luces del puerto brillan: azul mercurio. De a ratos se oyen las bocinas de los automóviles, arrastrándose lejanas como las voces de un sueño. El coronel es apenas la mancha gris de su cara sobre la mancha blanca de su camisa.

—Esa mujer —le oigo murmurar—. Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente. Se veían las metástasis del cáncer, como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada.

El coronel bebe. Es duro.

—Desnuda —dice—. Eramos cuatro o cinco y no queríamos mirarnos. Estaba ese capitán de navío, y el gallego que la embalsamó, y no me acuerdo quién más. Y

cuando la sacamos del ataúd —el coronel se pasa la mano por la frente—, cuando la sacamos, ese gallego asqueroso. . .

Oscurece por grados, como en un teatro. La cara del coronel es casi invisible. Sólo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos. La puerta del ascensor se ha cerrado en la planta baja, se ha abierto más cerca. El enorme edificio cuchichea, respira, gorgotea con sus cañerías, sus incineradores, sus cocinas, sus chicos, sus televisores, sus sirvientas. Y ahora el coronel se ha parado, empuña una metralleta que no le vi sacar de ninguna parte, y en puntas de pie camina hacia el palier, enciende la luz de golpe, mira el ascético, geométrico, irónico vacío del palier, del ascensor, de la escalera, donde no hay absolutamente nadie y regresa despacio, arrastrando la metralleta.

—Me pareció oír. Esos roñosos no me van a agarrar descuidado, como la vez pasada.

Se sienta, más cerca del ventanal ahora. La metralleta ha desaparecido y el coronel divaga nuevamente sobre aquella gran escena de su vida.

— . . . se le tiró encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire —el coronel se mira los nudillos—, que lo tiré contra la pared. Está todo podrido, no respetan ni a la muerte. ¿Le molesta la oscuridad? . . .

—No.

—Mejor. Desde aquí puedo ver la calle. Y pensar. Pienso siempre. En la oscuridad se piensa mejor.

Vuelve a servirse un whisky.

—Pero esa mujer estaba desnuda —dice, argumenta contra un invisible contradictor—. Tuve que tapparle el

monte de Venus, le puse una mortaja y el cinturón franciscano.

Bruscamente se ríe.

—Tuve que pagar la mortaja de mi bolsillo. Mil cuatrocientos pesos. Eso le demuestra, ¿eh? Eso le demuestra.

Repite varias veces “Eso le demuestra”, como un juguete mecánico, sin decir qué es lo que eso me demuestra.

—Tuve que buscar ayuda para cambiarla de ataúd. Llamé a unos obreros que había por ahí. Figúrese cómo se quedaron. Para ellos era una diosa, qué sé yo las cosas que les meten en la cabeza, pobre gente.

—¿Pobre gente?

—Sí, pobre gente. —El coronel lucha contra una escurridiza cólera interior—. Yo también soy argentino.

—Yo también, coronel, yo también. Somos todos argentinos.

—Ah, bueno —dice.

—¿La vieron así?

—Sí, ya le dije que esa mujer estaba desnuda. Una diosa, y desnuda, y muerta. Con toda la muerte al aire, ¿sabe? Con todo, con todo . . .

La voz del coronel se pierde en una perspectiva surrealista, esa frasecita cada vez más remota encuadrada en sus líneas de fuga, y el descenso de la voz manteniendo una divina proporción o qué. Yo también me sirvo un whisky.

—Para mí no es nada —dice el coronel—. Yo estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas. Muchas en mi vida. Y hombres muertos. Muchos en Polonia, el 39. Yo era agregado militar, dése cuenta.

Quiero darme cuenta, sumo mujeres desnudas más hombres muertos, pero el resultado no me da, no me

da, no me da. . . Con un solo movimiento muscular me pongo sobrio, como un perro que se sacude el agua.

—A mí no me podía sorprender. Pero ellos. . .

—¿Se impresionaron?

—Uno se desmayó. Lo desperté a bofetadas. Le dije: “Maricón, ¿esto es lo que hacés cuando tenés que enterrar a tu reina? Acordate de San Pedro, que se durmió cuando lo mataban a Cristo.” Después me agradeció.

Miro la calle. “Coca” dice el letrero, plata sobre rojo. “Cola” dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila inmensa crece, círculo rojo tras concéntrico círculo rojo, invadiendo la noche, la ciudad, el mundo. “Beba”.

—Beba —dice el coronel.

Bebo.

—¿Me escucha?

—Lo escucho.

—Le cortamos un dedo.

—¿Era necesario?

El coronel es de plata, ahora. Se mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza.

—Tantito así. Para identificarla.

—¿No sabían quién era?

Se ríe. La mano se vuelve roja. “Beba”.

—Sabíamos, sí. Las cosas tienen que ser legales. Era un acto histórico, ¿comprende?

—Comprendo.

—La impresión digital no agarra si el dedo está muerto. Hay que hidratarlo. Más tarde se lo pegamos.

—¿Y?

—Era ella. Esa mujer era ella.

—¿Muy cambiada?

—No, no, usted no me entiende. Igualita. Parecía que iba a hablar, que iba a. . . Lo del dedo es para que todo fuera legal. El profesor R. controló todo, hasta le sacó radiografías.

—¿El profesor R.?

—Sí. Eso no lo podía hacer cualquiera. Hacía falta alguien con autoridad científica, moral.

En algún lugar de la casa suena, remota, entrecortada, una campanilla. No veo entrar a la mujer del coronel, pero de pronto está ahí, su voz amarga, inconquistable:

—¿Enciendo?

—No.

—Teléfono.

—Decíles que no estoy.

Desaparece.

—Es para putearme —explica el coronel—. Me llaman a cualquier hora. A las tres de la madrugada, a las cinco.

—Ganas de joder —digo alegremente.

—Cambié tres veces el número del teléfono. Pero siempre lo averiguan.

—¿Qué le dicen?

—Que a mi hija le agarre la polio. Que me van a cortar los huevos. Basura.

Oigo el hielo en el vaso, como un cencerro lejano.

—Hice una ceremonia, los arengué. Yo respeto las ideas, les dije. Esa mujer hizo mucho por ustedes. Yo la voy a enterrar como cristiana. Pero tienen que ayudarme.

El coronel está de pie y bebe con coraje, con exasperación, con grandes y altas ideas que refluyen sobre él como grandes y altas olas contra un peñasco y lo dejan intocado y seco, recortado y negro, rojo y plata.

—La sacamos en un furgón, la tuve en Viamonte, después en 25 de Mayo, siempre cuidándola, protegiéndola, escondiéndola. Me la querían quitar, hacer algo con ella. La tapé con una lona, estaba en mi despacho, sobre un armario, muy alto. Cuando me preguntaban qué era, les decía que era el transmisor de Córdoba, la Voz de la Libertad.

Ya no sé dónde está el coronel. El reflejo plateado lo busca, la pupila roja. Tal vez ha salido. Tal vez ambula entre los muebles. El edificio huele vagamente a sopa en la cocina, colonia en el baño, pañales en la cuna, remedios, cigarrillos, vida, muerte.

—Llueve —dice su voz extraña.

Miro el cielo: el perro Sirio, el cazador Orión.

—Llueve día por medio —dice el coronel—. Día por medio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano.

Dónde, pienso, dónde.

— ¡Está parada! —grita el coronel—. ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!

Entonces lo veo, en la otra punta de la mesa. Y por un momento, cuando el resplandor cárdeno lo baña, creo que llora, que gruesas lágrimas le resbalan por la cara.

—No me haga caso —dice, se sienta—. Estoy borracho.

Y largamente llueve en su memoria.

Me paro, le toco el hombro.

—¿Eh? —dice— ¿Eh? —dice.

Y me mira con desconfianza, como un ebrio que se despierta en un tren desconocido.

—¿La sacaron del país?

—Sí.

—¿La sacó usted?

—Sí.

—¿Cuántas personas saben?

—Dos.

—¿El Viejo sabe?

Se ríe.

—Cree que sabe.

—¿Dónde?

No contesta.

—Hay que escribirlo, publicarlo.

—Sí. Algún día.

Parece cansado, remoto.

— ¡Ahora! —me exaspero—. ¿No le preocupa la historia? ¡Yo escribo la historia, y usted queda bien, bien para siempre, coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

—Cuando llegue el momento... usted será el primero...

—No, ya mismo. Piense. *París Match*. *Life*. Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera.

Se ríe.

—¿Dónde, coronel, dónde?

Se para despacio, no me conoce. Tal vez va a preguntarme quién soy, qué hago ahí.

Y mientras salgo derrotado, pensando que tendré que volver, o que no volveré nunca. Mientras mi dedo índice inicia ya ese infatigable itinerario por los mapas, uniendo isoyetas, probabilidades, complicidades. Mientras sé que ya no me interesa, y que justamente no moveré un dedo, ni siquiera en un mapa, la voz del coronel me alcanza como una revelación:

—Es mía —dice simplemente—. Esa mujer es mía.

Fotos

1

—Niño Mauricio, vaya a la Dirección.

El niño Mauricio Irigorri le tocaba el culo a la maestra, eludía el cachetazo y en el recreo cobraba las apuestas. Tenía una hermosa letra, sobre todo cuando firmaba “Alberto Irigorri” bajo las amonestaciones de los boletines. Don Alberto no reparaba en esos detalles. Estaba demasiado ocupado en liquidar a precios de fábula un galpón de alambre de púa que empezó a almacenar cuando la guerra de España. Ahora el alambre no venía de Europa porque allá lo usaban para otra cosa. “Gracias a Dios”, repetía don Alberto, que por esa época se volvió devoto.

A fin de año la señorita Reforzo se quitó a Mauricio de encima con todos cuatros. (“Ese chico necesita una madre”, comentó.) Entró en sexto de pantalón corto y

bigote. El de sexto era maestro y el niño Mauricio tuvo que inventar otros juegos, con pólvora, despertadores y animales muertos. Tal vez se adelantaba a sus años y a su medio, y por eso no era bien comprendido.

—No te juntes con él —decía mi padre.

Yo me juntaba igual.

—¿Eh, Negro? —proponía Mauricio mirándome desde la esquina del ojo.

—¿Y si tal cosa? —protestaba yo.

—Hay que divertirse, Negro. La vida es corta.

Mauricio pegaba una oblea, la oblea decía “Dios es amor”, Mauricio la pegaba en la maquineta de preservativos, en el baño del “Roma”.

2

No quiso entrar a la Normal porque era cosa de mujeres. Don Alberto lo mandó al comercial de Azul. Depositaba en él grandes esperanzas que nadie compartía. A los tres meses estaba de vuelta, elogiando el río y el cañoncito del parque. “También hay mucho comercio”, dijo a modo de esclarecimiento.

Ese año me vine a Buenos Aires. Le escribí, no me contestó. En mayo tuve carta de Estela. Te estoy tejiendo un pulóver, aquí ya empezaron los fríos. Mamá, que a ella tampoco le gustan las tías, pero este año no hay más remedio, sos muy chico para ir a una pensión. ¿Y es cierto que estudiás latín? Ah, a Mauricio lo echaron. Yo veía las grandes pestañas de mi hermana Estela sombreando la carta. Las mujeres siempre lo quisieron a Mauricio.

3

Cuando empezaron a mermarle las botellas de guindado, don Alberto prefirió no tenerlo más de lavacopas. Entró de aprendiz tipógrafo en *La Tribuna*. Por esa época.

INAUGUROSE EL MEODUCTO

PRESIDENTE PERON

Asistió el gobernador

Lo echaron.

—Un error lo tiene cualquiera —dijo Mauricio.

4

Diciembre y allí estaba en la punta del andén, haciéndose el distraído para no encontrarse con la mirada de mi padre. Me había sacado una cabeza de ventaja, pero ésa ya no era su medida, ni los pantalones largos y el cigarrillo colgando del labio, sino el gesto de rechazo, de conquista y de invención con que probaba el filo del mundo y rebotaba, descubriendo siempre una nueva manera de lanzarse al asalto, como un revólver que agota su carga y luego se dispara a sí mismo, el cañón, el tambor y hasta el gatillo, quemado de furor y desmesura. Apoyado en un poste me miraba y su mano izquierda oscilaba suavemente a la altura del hombro en una especie de saludo.

Mi padre terminó de hablar con el jefe de estación, y

sólo cuando todas las valijas estuvieron a mi lado y el peoncito esperando órdenes, se volvió hacia mí con los brazos en la cintura —una alta figura quemada por el sol, alta desde el chambergo hasta las botas— y yo sin saber si debía darle la mano o besarlo hasta que sacó de adentro una lenta sonrisa de metal y me puso la mano sobre el pelo.

En el trayecto a la camioneta, me crucé con Mauricio sin mirarlo.

5

—Dejaron la tranquera abierta: el toro se escapó. Corrieron los avestruces: así se matan los caballos. Cosas de gringo.

—Fui yo.

—Cosas de gringo bolichero —insistió mi padre moviendo suavemente el cabo del rebenque como un gran índice—. Ya te tengo dicho.

—Campo hay por todas partes —comentó después Mauricio.

Pero nó un campo con media legua de laguna como aquél, no el campo donde andabas a lo pueblera, con las riendas sueltas, rebotando en el recado, con la escopeta en la mano, saliendo ensangrentado de los cardales, tiroteando las gallaretas, hundiéndote hasta las verijas en el barro.

Acordate: el cerro donde apareció el gliptodonte panza arriba con la panza llena de agua llovida. Acordate: la noche en que no encontramos más que las riendas en el alambrado y tuvimos que volver a pie entre los juncos. Acordate: el espinel lleno de tarariras.

¿Campo como ése? Dónde, Mauricio, dónde.

6

Mauricio, a los quince años, mide un metro setenta y cinco, es campeón de bochas en el almacén de su padre, se acuesta con la sirvienta. Por un tiempo pareció que se iba a dedicar a la guitarra, pero su verdadera vocación es el codillo.

7

Agita una mano y se va.

Dobla una esquina y se va.

Salta a un carguero y se va.

Sonríe:

—Chau, Negro.

Y se lo traga el tiempo, la tierra, la gran inundación de la memoria. Circula clandestinamente en las historias del pueblo y de la familia. “No es malo, pobre”, dice mi madre. “Tiene mala suerte”. (Las mujeres, siempre.) “¿Mala suerte al truco?”, replica mi padre.

Lo han visto por el lado de General Pinto, trabajando en las cosechas de maíz o girasol.

Quiso ser boxeador en Bahía Blanca, y un negro le desfiguró la cara.

Gana un camión al pase inglés, lo pierde al siete y medio.

8

“Pasó por el pueblo —me escribe Estela— sin saludar a nadie. Paró con un camión colorado frente al Roma

y a todos los que fueron a hablarle les dijo que estaban equivocados, que no los conocía. Unicamente conversó con el rengo Valentín, el lustrabotas. Valentín dice que preguntó por vos y nadie más, que se tomó una botella de cerveza y se fue. Venía del sur, iba para Buenos Aires, el camión estaba cargado de bolsas, eso es lo que dice Valentín. Mamá engripada, papá con mucho trabajo, la semana que viene hay un embarque grande de hacienda, de muy mal humor, dice que si las cosas siguen así habrá que degollar las vacas en el campo, que nadie sabe para quién trabaja, y otras cosas que no te puedo repetir, a ver si escribís. ¿Así que te dieron un susto en zoología? Su hermanita le dijo, estudie los celenterados. P. D. Te podés figurar cómo se quedó don Alberto, está muy viejo, yo creo que esas cosas no se hacen.”

9

Entre dos puntos de un campo existe una diferencia de potencial de un vol cuando al transportar un culón de uno al otro se pone en juego el trabajo de un yul.

Sieds, sieds, sieds, seyons, seyez, siéent. Imp.: Séyait, séyait, séyaiént. Fut.: Siéra, siéront. Pr. Subj.: Siée, siéent. Ger.: Séyant.

Lugones nació en 1874 en Río Seco y se mató en 1938 en el Tigre. Estaba desilusionado.

¿Eh? Tres valencias, una libre.

Sed nōstri mīlites dāto sígno cum inféstis pīlis pro-cu. . . procucurrísent. . .

—Sobresaliente, Tolosa. ¿Qué piensa seguir?

—Abogacía, señor.

—Política, ¿eh? No olvide las musas. Nuestros grandes políticos llevaban un tintero en el chaleco.

—Acordáte quién sos —decía lentamente—, y que todo esto va a pasar. La ciudad se muere sin el campo, y el campo es nuestro. El campo es como el mar, y las estancias están ancladas para siempre, como acorazados de fierro. Otras veces han querido hundirnos y el campo siempre los tragó: advenedizos sin ley y sin sangre, el viento de la historia se los lleva, porque no tienen raíces. Ahora nos insulta por la radio, pero tiene que comprar el trigo afuera, porque este año nadie va a sembrar. Levanta la gente, pero no levanta las vacas. Las vacas no entienden de discursos. Llegará el día de la razón y del castigo, y entonces muchos van a sufrir. Hay que prepararse para ese día.

En el corral el polvo amarillo de las ovejas se alzaba como una profecía. Los perros descansaban su perfil heráldico en los portones. Mi padre tiró al suelo la última tarja.

—Setecientos cinco —dijo y el capataz asintió con una mueca de tierra.

La sonrisa de mi padre se hizo profunda como la intimidad del monte, se contagió a los dedos con que armaba sin mirar un cigarrillo, atento al presente del número y a la entraña del futuro.

—Estoy contento con vos —dijo sacando de la campera un billete de quinientos—. Tomá, andá a divertirte.

Los guardé, en la galería me encontré con Estela, me parece que no hay con quién divertirse.

—No me importa nada —dice Estela—. Por mí que reviente —y se va a esconder a su pieza.

Nadie quiere pronunciar su nombre.

gón, y qué hacés Negro tanto tiempo, venga esa mano pajera, la de cosas que tengo para contarte. Se había estirado un palmo más todavía, y con esa pelambreira robusta y las patillas largas y los ojos negros y hundidos, parecía Facundo, o un peluquero de historieta, o las dos cosas a la vez, pero más que nada Facundo cuando me estudiaba en silencio, astuto y sobrador, preguntándose qué habría quedado de mí en todo ese tiempo y hasta qué punto podía contar conmigo.

—Me cagaron —dijo después—. Ahora todos están contentos. Pero vení que te saco una foto.

—¿Una foto? Estás loco.

—No te contaron —murmuró extrañado, y me pareció que por adentro echaba cuentas y se preguntaba cómo era que yo no sabía el hecho más notorio en la historia reciente del pueblo.

Pero en seguida me agarró del brazo, me hizo cruzar la plaza, caminamos por la Colón una cuadra, y casi frente a la Intendencia sacó una llave, abrió una cortina metálica y me empujó al interior de un negocio recién blanqueado que en seguida se empezó a llenar de luces, pero no eran luces como las de todos los negocios sino focos blancos y reflectores como hongos en las paredes y en el techo. Me sentó en un banquito contra un lienzo blanco, y entonces vi la cámara, que parecía una cámara de cine sobre un soporte con ruedas, y Mauricio escondido detrás, asomando la cabeza por la derecha y luego por la izquierda, como un pájaro, torciendo este foco y enderezando aquél, y acercándose y poniéndome la cara de tres cuartos de perfil, y luego su voz que salía detrás del aparato:

—Sonría, boludito.

—Pero vos —exhalé—, ¿vos sabés sacar?

—Ella sabe —dijo Mauricio—. Apretás el disparador y chau.

Mauricio apretó el disparador y chau, salí yo, con un costado de la cara en estado gaseoso y los ojos como de vidrio aterrado. Esto, en el nuevo lenguaje de Mauricio, era un “efecto”. Me consta que algunos de sus efectos evaporaron a las más notorias y robustas personalidades locales. Pero era cierto: el pueblo ahora lo aceptaba, estaba contento con él, dispuesto a olvidar sus errores de muchacho. Don Alberto, que al fin y al cabo puso el dinero, exhibía en su almacén retratos de sí mismo cada vez más grandes y satisfechos. “¿Han visto?”, parecía decir. Mauricio era un hombre, era el mejor fotógrafo del pueblo, también es cierto que era el único, y yo comparecí ante la oficina enroladora con esa foto de estupor que me mira ahora desde una libreta ajada entre sellos y colores patrios, la gran arma de la democracia, dijo mi padre burlescamente, recordando quizás la época en que el canto y la resurrección de los muertos lo hicieron senador provincial allá por el treinta.

—¿Te das cuenta? Yo estaba viviendo para nada, corriendo de un lado al otro como si el mundo me persiguiera. De golpe me despertaba en Esquel o en Salta. Nunca sabía lo que iba a hacer al día siguiente. Me sentía muy libre, pero era falso. No era yo el que se movía.

—¿Qué era?

Mauricio se inclina sobre el billar, premeditando un bagre que después llamará un lujo.

—No sé, un nudo en la garganta, algo que me enpu-

jaba, me decía: "Rajá, pibe", y a la mañana siguiente me levantaba tempranito, salía en ómnibus, a pie, como fuera. Una vez dejé en la cama a la gorda más linda de mi vida, otra vez mi única valija. Pero no estaba loco, sabés.

—¿Y ahora?

—Ahora es distinto. Todo me vino bien. Sin eso, quién te dice, el viejo no me compraba el estudio. Ahora estoy quieto, y los demás se mueven. —Me mira de reojo, desde la intención de un pase de bola inmutable en el paño—. ¿Comprendés, Negro?

Me parece que no quiero comprender, que Mauricio se propone algo más enorme que nunca y mientras dice "Raya" y cuelga el taco, vuelvo a verle aquella vieja expresión de buscar roña, una cosa anhelante que se le desparrama por las narices.

—Vení, vamos a divertirnos.

17

El pueblo se acaba en seguida cuando uno empieza a caminar. Mientras bordeamos el galpón del ferrocarril, Mauricio me dice "Son putas, sabés", y ya es tarde para volverme atrás. De la oscuridad viene una música raspada, un árbol se hace a un lado y aparece una mancha cuadrada y blanca que es la puerta del rancho de doña Carmen. Mauricio entra pisando fuerte, alguien dice "Cayó piedra" y cuando paso yo, hay un segundo de indecisión, pero el baile sigue.

Doña Carmen fuma en un rincón y oigo que le dice a Mauricio "Para qué lo traes a este pendejo, después vienen la madre y la abuela a quejarse, yo no quiero líos". Mauricio dice "Yo respondo" y la rodea a la vieja

de jarana hasta que la cara barbuda y quemada de doña Carmen termina por abrirse en una sonrisa sin dientes y le dice a Rosa:

—Rosa, bailá con el dotorcito.

Bailo con Rosa, que es la menor de las muchachas de doña Carmen y está llena de cosas que crujen debajo del vestido, pero después de unos tragos de ginebra o de vermú —porque ya no distingo— termina por parecerme linda, y entonces Mauricio muriéndose de risa nos empuja a una pieza donde hay un catre y cierra la puerta por afuera. Y mientras hago lo que puedo y Rosa me ayuda y pienso "Así que era esto", oigo como en sueños la voz de Mauricio que dice "Que se calle ese mamao", y después una de piñas.

Que me cuentan al día siguiente. El camionero dijo:

—Yo estaba antes.

Y Mauricio:

—Que se calle ese mamao.

Pero Mauricio había aprendido en Bahía Blanca con el negro.

Así que ahora le debo cosas que no se perdonan.

Al día siguiente mi padre no me habla.

—Se supo —me dice Estela al oído.

18

En secreto Mauricio se propone algo exorbitante: quiere ser un artista, dedicarse al Arte. El, que no ha podido aprobar un año del secundario, que no lee más que historietas y furtivos libros de "educación sexual", que mantiene con el mundo una relación tan superficial como apasionada, se planta frente al mundo y con un gesto chiquilín de ferocidad enuncia que quiere comple-

tar la innumerada y terrible creación, y eso con algunas fotos sacadas en un pueblito del Ferrocarril Sur, en la República Argentina.

“Apretás el disparador y...” ¿Y? Vaya a saber. Parecía tan saludable, tan asentado, y ahora se le ha colado adentro algo irreparable. Un imperceptible movimiento interior, un resorte que se mueve, que descubre una abertura y en el acto la cierra, pero por esa abertura, ese descuido del alma, entra algo insaciable y destructor. . . ¿qué es?

—Mauricio, querido, ¿qué te pasa?

—Dejame, viejo, ya vas a ver. Esperate que le agarre la vuelta a esto y te juro que el mundo entero se pone a vivir de nuevo, fresquito, recién hecho.

—¿Qué mundo? Esas viejas, esas chicas de primera comunión que van a que les saqués el escracho con esos tules, esa estupidez, esos conscriptos. . .

—Eso es para vivir, pibito, ¿no te das cuenta? El mundo está acá —palmeando la Rollei que desde entonces siempre le vi colgada al pecho—. Es cuestión de verlo. El campo cuando sale el sol, los tipos en el boliche jugando al codillo, una muchacha nuevita paseando por la plaza, todas esas cosas que si no las agarrás de alguna manera, se te van para siempre.

—Es como agarrar el agua.

—¿Y vos no escribís tus versos? Se te ocurre una idea que te gusta y la sujetás para que no se vaya.

—¿Pero vos qué ponés? Un artefacto mecánico, que no piensa, que no elige. Es como decías vos, apretás el disparador y la cámara hace lo demás. En eso no puede haber arte.

Se ensombreció.

—Tomalo como un chiste —dijo con rencor.

Estaba lastimado. De golpe volvía a tener la cara que tenía cuando chico, cuando se lanzaba contra algo que

lo rechazaba, ese gesto empecinado y dolorido al mismo tiempo.

—Mostrame algo —le dije.

Era la misma laguna en la que habíamos pescado y cazado, donde nos habíamos bañado y él se había perdido en un bote, el mismo mundo acuático de garzas y de nutrias, de juncos y totoras.

Estaba atardeciendo, la emulsión había fijado para siempre aquellos reflejos inasibles, el claroscuro del crepúsculo, el agua y el viento, una olita subía y se quedaba petrificada sin regreso, un pato silbón no iba a llegar nunca a su nido en los pajonales, estaba fijo como un punto cardinal, letra de un alfabeto desconocido, los juncos negros en el contraluz se inclinaban como un coro, las nubes estiradas contra el horizonte parecían otra laguna más vasta, acaso un mar.

Era una buena foto, por ser de un aficionado. Traté de imaginar cómo quedaría trasladada al sepia en el suplemento dominical de *La Prensa* con el título “La Oración”. Y sin embargo. . .

¿Qué me inquietaba? El lugar yo lo conocía bien. Había sido tomado desde la loma que llamaban el Cerro, en el cuadro de la Noria. En aquella entradita que hacía el agua a la izquierda solíamos ir a linternear con los peones. En aquel islote lejano apareció una vez un paisano muerto.

No sé por qué, ese sitio familiar me resultaba, de golpe, desconocido, un paisaje del que no se vuelve, porque ya es demasiado tarde y se está muy lejos. La oscuridad crece alrededor por segundos y el agua se vuelve

cada vez más honda. Un lugar último, un espejismo del corazón, y en todas partes estaba escrita la muerte.

Vi la cara ansiosa de Mauricio.

—¿Qué te pasa? —dijo.

—Nada. ¿Es la primera que sacaste?

—Sí —ufano ahora que había sorprendido mi interés—. El año pasado, con una Kodak de cajón, así que figurate.

Traté de figurarme, pero no pude. Quería decirle que volviera, que no pusiera el pie ahí, que la noche, pero era demasiado absurdo. Estábamos en su estudio, brillantemente iluminado, y las otras fotos que me mostró eran solidariamente mediocres, empastadas, pretensiosas.

Qué trampa, Mauricio, qué joda.

¿No es como una cabeza, una cámara? Una cabeza insomne, la Gorgona que mira y paraliza.

20

Cosas para decirle a M.:

El arte es un ordenamiento que no está previamente contenido en sus medios.

En todo caso, si un ordenamiento así resultara artístico, el creador sería el creador de los medios.

Míster Eastman es el verdadero autor de todas las fotos que se sacan con una Kodak.

Si el elemento natural no se puede subordinar o eliminar, no hay arte, como no lo hay en la naturaleza misma.

Por qué no te dedicás a la guitarra, vos tocabas lindo.

El goce estético es estático.
Integritas, consonantia, claritas.
Aristóteles. Croce. Joyce.

21

Mauricio:

Me cago en Croche.

Mauricio:

No, viejo, si ya caigo. El arte es para ustedes.

Mauricio:

Si lo puede hacer cualquiera, ya no es arte.

Mauricio:

Cómo querés que lo tome, Negro.

Mauricio:

No te preocupés, si ahora lo hago por morfar no más. Y por tenerlo contento al viejo.

22

—Debilidad general, le voy a recetar un tónico —dijo el doctor Ríos guiñándome un ojo—. La patria necesita soldados en la universidad tanto como en los cuarteles. Se avecinan tiempos, ¿eh? Perímetro insuficiente, la libreta a la salida, saludeme a su padre. A ver, el huevón que sigue —la fila de hombres desnudos avanzó un paso.

A Mauricio le tocó un regimiento en Neuquén, tuvo que dejar el negocio en manos del boticario Ordóñez, que se lo atendía dos veces por semana.

—Un tipo sin imaginación —me comentó después—. Te saca una foto como si fuera una radiografía. Un ac-

cidente de tránsito, eso es una foto para él. La luz choca contra vos y rebota. Y los estragos del accidente, esa es la foto que el tipo te ha sacado. Viejo, yo no pongo el escracho para que me fusile un zanahoria de éstos.

Ordóñez se reía:

—Un fotógrafo es un peluquero, un boticario, a ver si al peluquero o a mí se nos da por hacernos los artistas.

23

fotógrafo del regimiento, no te rías que no es chiste, vos no sabés cómo me la dieron al principio, porque a los tipos como yo los tienen junados desde la guerra de la independencia. Me pasé los dos primeros meses entrando y saliendo del calabozo hasta que me salvó la Roli un día que me mandaron a limpiar el jardín del mayor que estaba limpio como una tabla, no sobraba ni faltaba un yuyito. Es así como te joden, te encargan algo que está hecho, y si te ponés a pensar te parece que estás loco. O sinó te ponen en una punta del campo de centinela en el desierto y te dicen que no podés apolillar y que si aparece el enemigo tenés que tirarle, pero qué enemigo, viejo, si ahí no ha habido nunca un enemigo, y te pasás la noche pensando Soy un gil. Hasta que un día me avivé y me dije Yo a éstos los voy a joder, y me presento al teniente, Mi teniente, quiero aprender a leer, y el tipo dice ¿Pero vos no sabías leer?, un día te vi leyendo el diario, y yo le digo Miraba las figuritas de los chistes, y el tipo dice por qué te presentás recién ahora, y yo le digo porque me daba vergüenza, mi teniente. Así que entré en la clase de los analfas, todas las noches venían a sacarme del calabozo para ir a clase y podía estirar las piernas y cuando

quise acordar el que se divertía era yo. Vos sabés qué plato, que te enseñen de nuevo, me sentía chiquito, eme a, ma, ele o, lo, y me moría de risa. Negro, por adentro, claro, y al principio me hice el difícil, no podía aprender a leer glo-bo aunque el teniente dibujaba en el pizarra un globo grande como una casa, y yo leía na-bo, y cuando el tipo se chinchaba me hacía el fesa y le preguntaba, pero eso que dibujó, ¿no es un nabo?, y los otros puntos se meaban de la risa. Pero después fue lindo porque empecé a entusiasmarme con la lectura y cada día leía mejor. Les saqué tres cuerpos de ventaja a los otros grasas, el teniente estaba emocionado, me ponía de ejemplo y les decía, Miren a éste que era más bruto que todos y ya casi lee de corrido, pero ¿qué te contaba? Ah, los yuyitos del mayor, estaba sentado en ese jardín pensando qué podía hacer, y ya iba a sacar un pino de una punta para ponerlo en otra punta, cuando aparece la hija, una pibita de doce años que era un budincito, y no sé qué me dio que le dije, Esperate un cacho, voy a buscar la cámara y te saco. Me patiné un rollo y la que me salió más linda la amplié en el pueblo y se la di al mayor, que se puso tan contento, y desde ese día soy el fotógrafo oficial del regimiento. Un cacho que te muestro, éste a caballo es el mayor, no, el de arriba, y éstos son los grasas paleando nieve, uno dieciséis por el reflejo, y ésa es la burra Domitila, un quinientos de segundo, pateando a un grasa, y éstos son indios. Te cobran diez mangos cada pose, veinte si es una mina, mirá qué tetas, mirále al indio los poros en la cara, y no se dejan sacar más de tres o cuatro porque piensan que se gastan y que si los escrachás demasiado terminan en fantasmas. Mirá, pero mirá que venir a encontrarte acá, Negro, así que vas a ver a los viejos, yo estuve de licencia por allá, acompañame hasta el andén que el mío sale antes, sí, para Zapala.

Estela:

Qué suerte, pero yo sabía que te ibas a sacar sobresaliente, y por las dudas le hice una promesa a la Virgen. Vos no creés en esas cosas, pero mirá cómo ayudó. Papá dice que Privado es lo más difícil y que ahora tenés el camino abierto y que vas a ser el abogado más joven de la familia. Yo lo mismo que siempre, casi no salgo, este mes fui a un baile en el club, pero ahí no se puede entrar desde que cambiaron la Comisión. Va demasiada "gente", sabés. ¿Sabés quién se casó? Tu mestra de quinto, la gorda Reforzo, se casó con el carnicero. Me ofrecieron el puesto, pero Papá no quiso, dice que él me paga el sueldo. Claro, no se trataba de eso, pero él no quiere transar con nada desde las últimas elecciones. Con el intendente no se saluda, cruzan de vereda cuando se ven. Hace meses que tendría que ir a Buenos Aires para comprar una esquiladora y un carterpillar, pero siempre lo posterga; no quiere leer los diarios ni prender la radio para no escuchar al que te dije. Eso sí, ahora viene mucha gente de allá a consultarlo, y se pasan horas hablando en el escritorio, a las mujeres no nos dejan meter baza. Tu amigo M. volvió hace una semana y en seguida tuvo una trifulca con Ordóñez. Fuimos al cine una noche, y no hizo más que hablarme del servicio militar; después quiso llevarme al estudio y mostrarme las fotos que sacó, pero yo no fui porque era tarde. P. D. Mamá insiste en que te hagas una escapada para su cumpleaños. Otra: quemá esta carta, por las dudas.

Paulina que incendia el pueblo.

Por la mañana cuando pasa rumbo al colegio con ese modo de caminar que aquí nunca se ha visto los tenderos se asoman a las puertas y las señoras que van al mercado la azotan con los ojos.

Por la tarde cruza la plaza en diagonal como un rápido cuchillo cortando un aire lastimado de espesas miradas y de intenciones que se quiebran en el cancel de la viuda de Grijera donde tiene pensión y refugio inabordable.

Así cunde en la iconografía de los baños del Roma y el Australia.

Un viajante dijo conocerla en Pehuajó, y los otros se rieron.

Los domingos santifican la misa: por ella crece la feligresía.

Los chicos más audaces de quinto aceptan monedas para llevarle inútiles mensajes. Las madres no se explican que hayan ido a buscarla en otra parte:

—Habiendo tantas chicas preparadas en el pueblo, que ahora vigilan a sus novios y el hijo del intendente Bonomi ya no sabe si ama a la hija del doctor Pascuzi, pero el Chevrolet de la intendencia suele aparecer como por casualidad, mañana y tarde, frente a las puertas del colegio.

—No es para tanto —dice Mauricio—, lindas piernas, lindo culito y un perfil con mucho porvenir, pero no tiene nada acá adentro. El otro día la saqué a bailar, no hablábamos de nada, a lo mejor es tímida. ¿A vos qué te parece? No me animé a meterle mano, como no es de acá.

Mamá:

Estela no se decide a escribirte, muy desganada, no sé qué le pasa. Tal vez debió aceptar el grado que le ofrecieron en la escuela, pero tu padre no quiso. Yo creo que una temporada en Buenos Aires le haría bien. A lo mejor vos podés convencerla. En el pueblo hay noticias, ¿no sé si conociste esa chica que tomó el grado en vez de Estela? Buenos, "dicen" que anda con M. ¿Qué me contás? En mayo o junio iremos por allá, tu padre quiere cambiar el auto. Vendió bien los últimos Hereford, ahora no quedan más que mochos en todo el campo, que va bien, lástima que no se consigue quien trabaje. Le quisieron meter el sindicato y los sacó carpiendo, pero hay días que no come, de tan furioso que está. ¿Hasta cuándo, no? Todos muy contentos con tus exámenes, ojalá que sigas así. P. D. Escríbele a Estela, está triste esa chica.

—La locura, viejo, no creía que me iba a agarrar así. Sabés lo que me pasa, que la miro y todo se me vuelve de ese color turquesa, esa porcelana viva que tiene en los ojos. Después fijate esa nariz y la línea del cuello, imagínate ese perfil en contraluz mirando al horizonte. No te rías, salame. Ahora tengo que agarrar la máquina otra vez, pero en serio, porque esto es justo lo que yo buscaba, con esto me curo de tanto loro que uno tiene que sacar. Es como hacerla de nuevo, te das cuenta, línea por línea, siempre igual pero distinta. Quiero sacarla de todas partes, de arriba, de abajo y de

adentro. Y qué cuerpo, Negro, vos sabés lo que, no quiero ni pensarlo. No, al principio yo pensaba que era pavota, pero después que hablaste un tiempo con ella, te das cuenta. Sabe de todo, hasta francés, pero mirá qué suerte, y para colmo tiene guita.

—A vos nunca te interesó la plata.

—¿Plata? —masculla esa noche mi padre en el comedor—. La familia tiene un casco de estancia por el lado de Lobos, hipotecado hasta las raíces del último sauce. ¿Por qué te creés que la mandan a trabajar?

La mirada de mi madre se derrama en sucesivas, protectoras ondas sobre la cabeza gacha de Estela, concentrada en la sopa.

Detrás una arboleda y a la izquierda el laguito artificial que tuvieron que hacerle a la Diana bizca de mármol para que no la mancharan con alquitrán y en todas partes la luz derramada como un polen. Mauricio tiene la cara levemente echada para atrás, con una sonrisa pensada, entre viril y tierna, dominante y protectora, mientras pasa el brazo por la cintura de Paulina, separada treinta centímetros por lo menos, aunque inclina la cabeza hacia el hombro de él, y así parece más cercana. Los dedos de esa mano la ciñen con fuerza, pero se adivina que están confinados a ese estricto paralelo, ese horizonte único, y que para arriba y para abajo hay una zona por ahora inexpugnable, donde se estrella cualquier ímpetu, momentáneo o calculado, mientras Mauricio no se haga sacar por el boticario Ordóñez esa otra gran foto donde aparecerá un poco más rígido y mucho más decidido, vestido de azul o de negro, y a

su lado una gran mariposa blanca que entre tules sonrío una definitiva sonrisa de amor y perplejidad.

29

... el doctor Jacinto Tolosa (h), hijo del caracterizado vecino y hacendado, quien esta noche será agasajado en la sede del Club Social con el doble y venturoso motivo de la culminación de sus estudios universitarios y la publicación de su primer libro de poemas. (Foto Mauricio.)

30

—No, querido, ponete ahí. Eso, junto a tu vi . . . , tu padre, Gracias. No, esperame, otra brindando. Un cacho, un cacho, te saco con Paulina. Bailando, sí, salen todos duros. Agarrala bien, melón, no me la despreciés. Ojo, no tanto, jajajá, eso es, mi hermano. No sabés lo contento que estoy. Negro, lo contento.

31

Estaba esperando este día. A veces pensé que me iba a morir sin verlo. Ahora habrá que poner un poco de orden. Ese hombre echó a perder a la gente, ya no hay moral, ni respeto ni nada. Yo soy viejo, pero vos tenés un lugar que ocupar, una línea que seguir. Vas a cambiar de partido porque el nuestro se murió. Muchos años

de refriega, de desgastes. Eso te va a dar una aureola de entrada, a la gente le gusta que los hijos enfrenten a los padres, siempre que sea con respeto, es claro. Cuando hables de los valores caducos, van a pensar que te referís a mí, poné un poco de sentimiento en eso. En dos años te puedo sacar diputado provincial, sin apuro, porque los apurados se van a quemar. Acordate que la pelota se pateaba en Buenos Aires, pero el pie se apoya aquí. Tenés que conocer a la gente, los chacareros, los acopiadores, los comisionistas, resolverles problemas y pleitos, sacar presos. No te fijés de qué partido son los presos. Vamos a abrirte un estudio en el pueblo, ya lo tengo conversado. Ah, decile al mayor Ferriño que ahí le mando los máuseres, por aquí no hubo que usarlos. Anticipale que no voy a ser comisionado, pero que le recomiendo al doctor Gomara. Es radical y va a ser tu socio en el estudio. Eso no se lo digas. Que lo espero a cenar mañana, decile. Otra cosa, empezá a fijarte en esos contratos de arrendamiento que les dio el tipo, yo no he querido mirarlos en todos estos años, pero me vendría bien desocupar esos cuadros.

32

De golpe te pusiste tan raro otra vez, parecía que no ibas a poder descansar más, la mirada se te iba para adentro, tenías como un asma, un jadeo, andabas a contrapelo del tiempo, querías llegar antes, dar un salto y estar vos solo en el lunes que viene o dentro de un año.

Mirabas el sol con rabia, el orden, los mostradores, los formularios, sudabas en invierno, tenías como un ta-

jo blanco en la frente, donde te fajaron en Bahía, una cuña, volviste a buscar roña, le pegaste a un borracho, "La mano ahí" le dijiste a un hacendado y lo sacaste sosteniéndose los huevos.

Las novias y los cadetes se volvieron amarillos en la vidriera, el neón se desangró, las placas se velaban, las lentes se pudrían como ojos enfermos, el gusano del mundo nadaba en las cubetas, cada línea recta se corrompía y vos te tocabas la cabeza.

—No duermo, Negro, no sé qué me pasa, no duermo, ni como, ni cago.

Una mañana te esperaron dos viejas y una comulgante, pero vos no abriste, tenías un peludo padre y a esa hora la vieja Carmen te curaba con salmuera las patadas que te dieron entre todos. Ordóñez hizo un letrerito que decía:

VACACIONES

Ahora es ella que está frente a mí y dice:

—Usted, que lo conoce tanto.

Y en la luz de la media mañana, que entra exacta y oblicua por la ventana de mi estudio, una lágrima micrométrica tiembla sin caer en cada hilera de pestañas, como puesta a pincel sobre la ordenada, conmovedora desolación de la cara que nunca estuvo tan hermosa, Paulina, y usted qué quiere que yo haga.

. . . participan a usted el enlace de su hija Estela con el doctor Pedro Gomara en la iglesia parroquial y recibirán a usted . . .

—Besame fuerte —dice Estela— y deseame suerte. Besame fuerte y deseame suerte. Fuerte, suerte —llora.

El sombrero de mi madre cubre el mundo.

Volvió diciendo. Hay que quemar todas las naves, vos has visto, las vecortas zumbaban como abejas. Pero, Mauricio, qué naves vas a quemar acá, para eso hace falta un escenario, un mar.

—No me cargués, Negro —dijo remoto y sombrío como la noche—. No me cargués, fuimos amigos desde pibes, fijate bien que estoy jodido. Hice mal en volver, no ahora, entendeme, aquella vez cuando puse el negocio. Antes la gente pensaba que estaba tocado, me veían correr de un lado para otro, es que tendría que seguir corriendo, tengo un julepe que me muero. A lo mejor todo viene de aquella vez que me caí cuando era un pendejo y me golpié la nuca y nadie vio lo que pasaba adentro. Vos viste cómo era que no podía estarme quieto, pero no sabés por qué. Es que de golpe me agarraban esas ganas de gritar y de correr, sentía un ácido en los pulmones, por mí hubiera seguido corriendo hasta La Quiaca. Hasta que saqué esa foto y me calmé, pensé que ahí a lo mejor había una salida, que yo tenía una mirada, sabés, y que ésa era mi mirada, y el viejo me puso el negocio. Yo quería devolverles algo, mostrar, no sé lo que te digo, pero mostrar el mundo en cuadritos de papel, que se pararan a mirarlo como yo y vieran que no era tan sencillo, que eso tenía su vuelta y nadie la estaba viendo. Entonces viniste vos y me convenciste que no, pero no me convenciste del todo porque vino ella y me agarró la cosa otra vez, o a lo mejor fue cuando hacía la colimba y saqué a la pibita del mayor, no sé si te acordás. Pero Paulina piensa igual que vos, igual que Ordoñez, igual que el viejo, pero lo que pasa, Negro, lo que pasa, es que yo no me puedo quedar quieto frente a lo que veo, tengo que hacer algo, y todos me dicen que no, de golpe me siento

como atado, y hasta las cosas se te ponen en contra, los negativos se rayan la luz no funciona, no te rías, yo te digo que la luz no funciona como antes, no camina en línea recta, se vuelca de las cosas como un líquido pegajoso, está cansada de andar y nada la contiene, el mundo está podrido y en sueños me deshago a pedacitos y doy mal olor como si estuviera muerto. Me han jodido entre todos, eso es lo que pasa. Vos, el viejo y Paulina.

Lo arrastré hasta lo de Ordóñez, que le quiso dar bromuro. Mauricio pensó que era un chiste.

35

Paulina:

a] Ahora ya no hacemos más que pelear, a veces creo que me odia.

b] Al principio era tan distinto, daba gusto mirarlo porque estaba lleno de alegría.

c] La desgracia es que lo quiero. En marzo íbamos a comprar los muebles.

d] Hay cosas que una mujer no puede tolerar. Una cosa es ser liberal, yo creo que no soy ninguna moji-gata.

e] Quería fotografiarme desnuda.

f] No sé por qué le cuento estas cosas. Estoy sola en el pueblo, usted es el único amigo que tengo.

36

Abre una lente de noche y las estrellas impresionan en la placa sus órbitas perfectas, iguales a las de otros

millones de placas, ni la nova, ni el cometa, ni el derrumbe de constelaciones, *¿qué hacés ahí, muriéndote de frío?*, Dejame, Negro, no te metás conmigo.

Anda al acecho tras los bancos de la plaza, en el ojo de las cerraduras, en la penumbra de los boliches, se prolonga en las paralelas de los trenes las verticales del junco, se agazapa como un jaguar, equilibrista en los faroles, murciélago en el campanario, buscando el momento en que la noche se convierte en día, el aduquín en luciérnaga, el deseo en odio interminable, como si quisiera parar el mundo y numerarlo, restañar la gran herida del tiempo por donde sangran los hombres, frenar la corrupción que gotea de cada mirada, que nadie se mueva, va salir el Pajarito.

Mauricio, que era el rey de la joda. Ahora lo llaman: el Loco.

37

Asimismo deberá tener en cuenta Su Señoría que al vencimiento de los contratos inconstitucional y arbitrariamente prorrogados ufa qué calor esos campos estaban en óptimas condiciones de explotación, situación que ya no existe pues la incuria de los arrendatarios tendría que abrir la ventana en diez años de ilegítima ocupación dejó caer las mejoras introducidas limitándose al cómodo usufructo de la tierra sin rotar los cultivos ni usar qué cosa ni usar plaguicidas ni fertilizantes linda noche para estar trabajando aquí el viejo podría ponerme aire acondicionado ahora tengo que poner además el lucro cesante la función social de la tierra no eso lo decía el otro qué bochinche están armando ahí afuera.

El febril taconeo se detiene, ahora golpean a la puer-

ta, una voz gime que le abra por favor y cuando corro el pestillo es Paulina, aterrada y deshecha, con el vestido roto, que cae en mis brazos.

—Cierre —dice en un murmullo—. Me quiere matar.

La llevo al sofá y como no puedo verla llorar la beso en los ojos, y luego en la boca, mientras Mauricio pateo la puerta en la noche gritándome que salga hasta que al fin se cansa y se sienta en la vereda donde de a ratos ríe y de a ratos entona una incomprensible cantilena de borracho.

38

Fue el matrimonio Bibiloni el que al salir del Select punteó por la Colón y vio primero que nadie el humo que salía del negocio de Mauricio y las llamas que lamían la vidriera. La película había sido mala y el público gozó en secreto con aquel espectáculo supernumerario. En seguida se vio que era un fuego robusto, seguro de sus intenciones, con decenas de brazos que asomaban en imprevistos saludos por las claraboyas o lanzaban al cielo de la terraza grandes puñados de esplendor naranja. El comisario Barraza vino a estudiar la situación y alguien le armó el brazo con un hacha. Eso permitió voltear la puerta, pero no entrar; ver algo de lo que pasaba adentro, pero no impedirlo. Cámaras y trípodes se licuaban, rollos de película estallaban en ardientes *impromptus*, flagrantes rostros terminaban de negarse en los negativos y, como dijo al día siguiente *La Tribuna*, allí se perdieron siete años de la historia gráfica del pueblo al que Mauricio mató simbólicamente (explicación del doctor Pascuzi).

Cuando pasé en el auto con Paulina, los bomberos

voluntarios exprimían tres mangueras de jardín que lanzaban tres arcos de pipí sobre el proliferante demonio mitológico que jugaba entre las vigas derrumbadas un incontenible juego de subibaja, de arranques y ensimismamientos, de repentinas corridas hacia la calle que alejaban, a los más curiosos. No se podía hacer nada. Abracé a Paulina que miraba fascinada y la llevé a la estancia. Mi madre le dio un té de valeriana y la acostó en el cuarto de Estela.

39

Ahora es la voz de mi padre que suena en la temprana galería, tranquila pero más alta, más cortante que de costumbre, hablando con el hombre de a caballo que grita y gesticula. Me levanto, me visto casi a ciegas y cuando salgo y veo la cara cetrina y ahora pálida de Roque que con el rebenque señala a su espalda, lejos, creo que ya sé todo lo que ha pasado.

Mi padre pone la camioneta en marcha, deja una portezuela abierta por donde subo a la carrera y en el camino nos separa un silencio más grande que el campo tendido. Media hora después estamos en el Cerro, y a la orilla de la laguna los hijos y la mujer de Roque rodean algo caído, que es Mauricio con un agujero en la cabeza y un revólver en la mano.

Atenta y fija sobre sus tres patas de metal clavadas en la arena la Rollei brilla en el sol de la mañana y en su ojo azul se resume la laguna.

—Podría haber elegido otro lugar —dice mi padre.

Es la misma laguna en la que habíamos pescado y cazado donde nos habíamos bañado y vos te perdiste en un bote, el mismo lugar donde íbamos a linternear con los peones y vos encontraste un gliptodonte. Sólo que ahora viene amaneciendo y todo está liso y manso, el agua quieta y las estrías del sol entre las nubes.

Lo que no sé, Mauricio, es por qué te estás riendo y qué hacés con el revólver; por qué le has puesto un hilo atado del gatillo que viene hasta el disparador de la cámara donde trato de meterme para ver qué estás haciendo y qué es eso que te borra un costado de la sien.

El laboratorio dice que el negativo es defectuoso y que no se pudo mejorar la copia. Pero yo pienso que vos buscaste ese efecto y que por algo te tomaste ese trabajo del piolín que da la vuelta a un poste y dispara al mismo tiempo las dos cosas. Un truco vulgar, aunque a vos te cause gracia.

Yo te dije adónde llevaba ese camino pero vos no quisiste hacerme caso. Creo que hice por vos todo lo que pude y que esta decisión que vos tomaste no es la manera mejor de agradecerme. Pero vos sabrás por qué lo hiciste.

... la señorita Paulina Rivas y el doctor Jacinto Tolsa (h) cuyo enlace fue bendecido ayer en la parroquia local. La feliz pareja se alejará de nuestro medio, al que la ligan tantos gratos recuerdos, para redicarse en el partido de Lobos, donde el joven jurisconsulto segui-

rá poniendo al servicio de la política y de la producción agropecuaria, bases de la grandeza del país, las dotes de energía y patriotismo que caracterizan a su padre. (Foto Ordóñez.)

El soñador

Ester lo levantó como siempre. Juan no sabía exactamente cómo lo despertaba, tal vez le tocaba la cara con la mano, o lo besaba. Pero de pronto estaba despierto, y ella siempre estaba a su lado, parada junto a la cama, y hablaba, aunque él no entendía lo que decía.

Ella le pasaba un brazo por la espalda y lo sentaba. Entonces él sacaba las piernas de la cama, repetía infantilmente "Tengo frío" y apoyaba la cabeza en el pecho de Ester mientras ella le ponía la bata y lo apretaba en instantáneos arranques de ternura.

A veces Ester tenía las manos heladas porque acababa de lavar la ropa. Entonces Juan rehuía el contacto, el frío le ponía la carne de gallina. Pero hoy estaba tibia.

Era difícil explicar por qué había salido tan flojo para el frío. Nació en el sur, y aunque no recordaba casi nada, podía suponerse que de chico estaba acostumbra-

do al frío. Sin embargo lo detestaba, aun el de Buenos Aires.

Tres años atrás, en el invierno, había estado en Río. Entonces comprendió que había vivido la mitad de la vida que podía esperar en un clima que no tenía nada que ver con él; y que de algún modo toda su vida era un error.

—¿Qué le pasa, mi amorcito, tiene frío?

Ester lo besaba, le arreglaba el cuello de la bata y se agachaba para calzarle las pantuflas.

En ese momento Juan recordó.

Era algo que quería morderlo, que se enredaba a él y quería morderlo y matarlo. Era algo blando que lo envolvía por todas partes, algo blando, tibio y persistente que no lo dejaba respirar. Tenía cabellos finos y una piel suave y quería matarlo. ¿Por qué? No estaba seguro, pero sabía que tenía que defenderse. Era un juego lento y terrible, él trataba de zafarse y no podía, y había dientes tibios que lo mordían. Entonces él buscaba algo. Entonces Juan buscaba el revólver.

—Vamos, nene, a tomar el desayuno.

Ester lo tomó dulcemente del brazo y lo sacó del cuarto. Sobre el mantel del comedor ya estaba el plato con su manzana, la misma manzana grande de todos los días, de piel verde y lisa. El cuchillo de postre brillaba al lado del plato.

Ester lo sentó, le hizo una última caricia en la nuca y fue a la cocina. En la cocina hervía una pava, se oía el *shhh* intermitente del vapor y el *clic-clang* de la tapa. El olor a café llegó al comedor en ondas suaves, sucesivas. Ester ponía las cucharitas en las tazas, las tazas de loza en la bandeja, vigilaba el tostador sobre el gas. Juan podía imaginar sus movimientos precisos y eficaces. Ahora vendría la pregunta:

—¿Terminaste, querido?

—Sí, mi amor —contestó Juan.

Le faltaba cortar dos pedazos de manzana, pero cuando ella viniera con la bandeja, estaría comiendo el último. La respuesta salía al encuentro del futuro, lo cortaba en el punto prefijado.

Ester llegó con la bandeja, las tazas servidas, las tostadas, la manteca. Estaba fresca y sonriente, hermosa.

—¿Se despertó ya, mi capullito?

Juan sonrió vagamente. Ester encontraba siempre un nuevo diminutivo, algún modo no previsto de derramar su amor.

Eran las nueve. El ruido del agua caliente en el baño lo ocupó un instante. Por la ventana se veía el día nublado, las azoteas grises. Los chicos estaban en la escuela, se levantaban a las siete. Ester los vestía y les daba el desayuno, mientras él dormía:

Buscaba el revólver, desesperado, pero el revólver estaba en el tercer cajón del placard, detrás de la Leika y de los rollos de película, detrás de las cintas de máquina, detrás de las cajas de ténpera, detrás de la latita de aceite, detrás de la gamuza, detrás, detrás. Y las balas estaban aparte, en un sobre.

—¿Qué soñó, mi rico?

—No soñé nada —dijo Juan.

Pero el revólver estaba también en su bolsillo, y mientras forcejeaba suavemente, mientras se escurría como una víbora, pero sin protestar, sin hablar, simplemente circulando, deslizándose, discurriendo a través de aquel abrazo, trataba de poner las balas en el tambor, una a una, empujándolas con el pulgar. Las balas eran distintas y no entraban, o entraban demasiado, y él no veía lo que estaba haciendo, sus manos vagaban perdidas, desconstruidas, queriendo completar aquel gesto.

—¿Nada?

—Nada de importancia.

Sabía que no podía engañarla del todo. Ella recibía una vislumbre, un reflejo de todo lo que a él le pasaba. Ninguno de los dos sabía cómo funcionaba ese mecanismo.

—No, usted está preocupado.

—Es un resto de sueño. Ya se me pasa.

Quería que ella dejara de hablar, que no lo interrumpiera. Esto era muy serio, muy grave. Tenía que pensar en esto todo el día, quizá días enteros:

Había perdido el revólver y ya casi no podía respirar. Se ahogaba, tal vez iba a morir. Entonces sus manos también apretaron. Se cerraban en torno a algo suave, algo de piel tibia y cabellos finos, esponjosos. Su mente se abría y se cerraba como un diafragma. En una abertura aparecía aquello que quería matarlo, aquella cosa innumerable, sin rostro, que lo rodeaba por todas partes. En otra, era Ester y él la estaba ahorcando. Tan pronto lo comprendía, esa imagen desaparecía, él la olvidaba y seguía apretando.

—Voy a ver cómo está el agua —dijo.

Caminó hacia el baño arrastrando las pantuflas. Se desvistió, entró poco a poco en el agua caliente, se acostó sumergido hasta el cuello. Ahora podría pensar, en el agua tibia que lo circundaba como antes de nacer, sin oír nada, sin sentir nada.

Estiró un pie y lo metió en el sueño, en el peligroso sueño. Tenía miedo de reconstruirlo entero. Su mente se resistía a entrar allí, husmeaba el riesgo como un caballo que va a nadar. Recibió y rechazó, casi con coraje, casi con desprecio, frases hechas que alguien le soplabá. (Enfrentar al enemigo. Quién soy yo.) Se reprimió. La autonomía de aquellos susurros volvió a asustarlo, como aquella primera madrugada (¿habían pasado dos, tres años?) después que se despertó y trató de serenarse.

Entró Ester trayendo su pantalón, sus medias, su camisa, su pulóver. Lo colgó todo en la percha. Lo miró sonriendo. El devolvió la sonrisa.

—No hay manera de que pongas la ropa en su sitio —dijo Ester—. Siempre la ponés encima de la mía. Tengo que andar a los manotones, cuando me levanto.

—Es una muestra de amor —dijo Juan.

Ella se rió, complacida.

—Vos sabés que hice la prueba. Yo siempre la colgaba en la silla, y vos ibas y ponías tus pantalones encima. Pero anoche colgué la pollera en la hamaca, y esta mañana también aparecieron tus pantalones y tus cosas encima.

—Mi pantalón y tu pollera se hacen el amor —dijo Juan.

Comprendió que la iba a matar, que si seguía apretando la mataría. Pero ahora Ester era también Beatriz, su ex mujer, y Nora, su hija. Alternativamente una y otra, y al final sólo una mujer desconocida, floja, quebrada, que se derrumbaba entre sus brazos, y él estaba loco y era un asesino. Entonces soltó.

—¿Se lavó bien esos pies? —dijo Ester.

—Me lavé.

—Lávese de nuevo. Después anda lleno de hongos y contagia a toda la casa. Vamos, pronto, que usted tiene que hacer y yo también.

Y él trataba de explicarle a aquella mujer, que lo miraba aterrada, que le había dado un ataque momentáneo de locura, que ya otra vez había sucedido, y que por eso había querido matarla, pero que en realidad la amaba profundamente. Fue así, le dijo, te voy a explicar cómo fue.

Se sentó en la bañera y Ester se inclinó y tomó el jabón, y su cabellera sedosa le rozó la mejilla. Le ja-

bonó las axilas, el pecho, su mano bajó hasta su sexo y allí jugó en un tibio movimiento.

Fue así, le dijo, te voy a explicar. Tomó un jarrón entre sus manos, y otra vez sintió el impulso homicida en los músculos, esa feroz contracción y necesidad de matar, los dientes juntos, el mundo que nuevamente se nublaba, y él que estaba loco. Entonces la mujer lanzó un grito terrible y buyó. El jarrón cayó al suelo.

—Bueno, basta —dilo Ester enjuagándose y secándose las manos—, ya no es hora de concupiscencias. Salga de una vez.

—Yo te quiero —dijo Juan.

—Gracias, pero hay que hacer las compras.

Ahora el agua estaba casi fría y Ester había desaparecido. Juan volvió a pasarse el jabón por los dedos de los pies, por la superficie cortada en rectángulo, que nunca curaba del todo, nunca se agravaba del todo, porque era una enfermedad doméstica, se dijo, tratable.

Ahora el agua estaba decididamente fría.

El jarrón cayó al suelo y se rompió en pedazos, triangulares pedazos de carne blanca, y la mujer buyó hacia el fondo de la casa que era la casa de los padres de Juan cuando él era chico. Y del fondo de la casa vinieron en tropel varias personas, entre ellas su padre (que estaba muerto), y algunas tomaron un tren, ahí no más, para ir a ver qué se podía hacer por Juan.

Tal vez tenga que ir a un analista, pensó Juan. Pero yo iría a una mujer. Sólo una mujer puede comprender. Pero, cómo explicarle que esto era otra cosa? Esto es que tengo miedo, pensó. Porque tengo trabajo para tres días, y cada vez que hay problemas de dinero en casa, me asusto todo. Eso es lo que pasa.

Entonces él salió al patio de la casa, que describía una curva, y al fondo de la curva, contra la casa, estaba

su madre, que cobijaba a la pequeña Nora, a quien él había querido asesinar. Su madre era majestuosa y tranquila, y no parecía asustada, pero sí ridículamente preocupada de que esto ocurriera ahora, “cuando hay tantos extranjeros aquí”. Entonces Juan explicó que él en realidad no tenía la culpa.

Imaginaria

Ahora usted va a venir, oiré su bicicleta por el pedregullo, pedaleando despacito, con el farol sin luz. Usted no necesita luz, nos conoce a todos sin vernos, a mí me conoce por el olor, ¿qué olor tiene usted, soldado? Olor a chivo, mi teniente, olor a tulipán, olor a lo que usted quiera.

Va a venir, es su guardia, para eso la estuvo esperando toda la semana, de noche usted no puede dormir, toma pildoritas, esta noche no precisa. Usted piensa mucho, mi teniente, y se va poniendo pálido, se va poniendo verde, me imagino que le ocurren cosas y yo no soy quién para preguntarle.

Lo mismo que yo, pienso demasiado, pero de noche duermo, y a veces me duermo hasta en la guardia. Ahora por ejemplo estoy durmiendo, tirado a la orilla del camino por donde usted va a venir, va a venir con su bicicleta.

Yo sé que está mal, que un centinela no debe dormirse, debe vigilar el campo e informar la novedad. Pero es que no hay novedad mi teniente, el enemigo está a ciento veinte años de distancia, aquí nunca hay novedad y el cielo es lo único que cambia de lugar. Cuando me quedé dormido las Tres Marías estaban detrás del pino, ahora están sobre la ruta, donde se oyen los camiones.

El fusil ahí se lo dejo, ni siquiera lo toco con la mano, está cargado, con el seguro puesto. Si viniera el enemigo, no hay nada que hacerle, pero qué quiere que le diga mi teniente, los chinos y los rusos están lejos, para mí que ya no vienen esta noche.

Yo sé que es de gusto si le digo que esta vez no tuve la culpa, que a mí nadie me mandó matar las hormigas en el jardín del coronel. Yo sé que es de gusto si le digo que este sábado justamente tenía que salir y no estar aquí de imaginaria.

Quién sabe si le explico usted me deja, pero cómo quiere que le explique que esta noche me roban a la Julia, ya me la han robado, seguro que a esta altura me la están culiando.

No se ría, mi teniente, a usted con esa pinta tienen que sobrarle las mujeres, pero yo la conversé tres meses juntando afrecho y ahora viene un papafrita de civil y me la saca, y yo aquí haciendo la tercera guerra mundial.

No es cierto que el sargento me mandó matar las hormigas del coronel. Si él se olvida yo qué culpa tengo, pero aquí la verdad viene de mayor a menor, usted le cree a él y no me cree a mí, y el hilo se corta por lo más delgado.

Está mal que uno deje el arma tirada en el pasto, a la mano de cualquiera, y se quede dormido pensando

en la Julia, pero hay muchas cosas que están mal y a nadie le importa.

Usted se divierte conmigo y dice que yo discuto mucho y que nací para doctor, como todos los cordobeses, será porque una vez me agarró leyendo el código, pero yo no nací para doctor y no le voy a decir en qué rancho nací.

La Julia tiene sus razones, qué va a hacer con un hombre una vez por semana, ella necesita que la saquen y le den conversación, y no darle un vistazo a Garibaldi y correr a meterse en una cama.

Ahora el papafrita tiene un camioncito, usted calcule, yo que a gatas puedo pagarle una cerveza. Hace dos meses que la sigue y si usted la campaneá un rato se da cuenta que esa piba está madura para un tipo en cuatro ruedas.

Las Tres Marías, mi teniente, se fueron caminando por la ruta, ahora están sobre el hangar, detrás de esos eucaliptus, y en un rato va a salir la luna.

Ya es tarde para tomar el colectivo, no llego ni a las dos, ella dijo que me esperaba hasta las diez. A esta hora seguro está culiando, muerde la almohada y pega unos grititos.

Usted tiene que venir, porque yo me cansé de contar coyuyos y de escuchar los ruiditos de los bichos en el pasto.

¿Y qué le costaba al sargento decir la verdad?

No es fácil buscarse otra hembra, negro jetón. No, mi teniente. ¿Sos un negro jetón, sí o no? Sí, mi teniente, y por eso le digo que no es fácil.

Ahora me parece que lo oigo.

Usted viene despacito bajando el repecho, sin pedalear, pero las gomas hacen crich, crich en el pedregullo. Toma el puente de la acequia y las tablas hacen jrom jrom. Aquí tiene que pedalear un poco porque

perdió el envión, una o dos patadas y ya se viene solo, haciendo unas eses suavécitas, gambeteándole al ruido.

No tengo que abrir los ojos para saber que viene sin luz y sin fumar, le basta con la claridad del cielo y por las dudas va contando los postes de la alambrada: porque usted se las piensa todas, y a veces creo que piensa demasiado y de noche no puede dormir.

En cambio yo me duermo en cualquier parte.

Ahora usted está a veinte metros y como no me ve, me busca. Las eses se hacen un poco más anchas. Usted no quiere aplicar el freno y no quiere parar antes de verme. A lo mejor empieza a desconfiar. A lo mejor piensa que este negro jetón se retobó y lo quiere mardugar de atrás de un poste. ¡Cómo piensa eso, mi teniente! ¿No ve que estoy aquí tirado, que me dormí nomás pensando en las hormigas? Es que no había novedad, qué novedad quiere que haya.

Ahora sí me ve, ahora usted se para, frena la bicicleta con el pie, se baja y la acuesta en el camino. Despacio, no se le vaya a romper. No lo oigo más, pero es seguro que viene para aquí, tanteando las ramitas con el pie, y en cualquier momento va a descubrir la carabina.

Es suya, mi teniente, yo sé que el arma no se deja, pero dormido uno se olvida de esas cosas. Usted abre el cerrojo, apenas se oye el ruido del metal, tira despacio para atrás, la bala cae para un costado entre sus dedos, ahora saca el cargador. Mete la bala en el peine y las cuenta por las dudas. ¿Son cinco, mi teniente? Son cinco. Ya puede dejar la carabina como estaba, y el cargador en su bolsillo.

Usted se arrima y se me para al lado de la cara, están tan cerca que le huelo el cuero de los botines. Esta es la parte más difícil porque no sé si usted me va a romper la cara de una patada, o va a hacer lo que hizo

la otra vez cuando lo encontró dormido al flaco Landívar. Tengo unas ganas bárbaras de taparme la cara con el brazo, pero me aguanto. No sé qué hacer con los ojos, si apretarlos fuerte para que no se muevan, siento que me corre arena entre los párpados. Flojito, negro, quedate piola.

Usted se agacha y mira, no tengo nada, ni cartuchera traje, puede revisarme. Soy un tipo que se quedó dormido.

Ahora usted se para.

Usted se va.

Pero va a volver.

Cien metros más allá Cornejo le da el alto y usted se identifica y charla un minuto con Cornejo. Otros cien metros y Sampietro le pega el grito con esa voz de perro. Son buenos soldados, subordinación y valor, y además lo estaban esperando.

Ahora usted está en la punta del campo y tiene que volver. En cinco minutos lo tenemos por aquí.

El cielo es una fiesta mi teniente y el pasto huele lindo. Yo me juego a que la Julia está dormida, hecha un ovillo en los brazos del tipo. Me va a costar trabajo encontrar otra como ella.

Ahora se lo oyen mi teniente, da gusto oírle cantar Curupaity y pal carnero no hay como la oveja. Pasó de Cornejo y se viene como chifle, ya está a cincuenta metros.

Yo estoy soñando con lo que me contó Landívar, que usted le descargó la carabina y a la vuelta lo atropelló con la bicicleta, y después le dio un par de sopapos y una semana de calabozo por quedarse dormido, extraviar armamento y ser un sotreta. Ve, y quién lo manda al Flaco echarse a roncar cuando está de imaginaria.

Pero yo no soy como Landívar, yo estoy como

quien dice atravesado en su camino. Negro atravesado mi teniente, cordobés atravesado como dijo usted.

Usted canta lindo mi teniente, si yo tuviera una voz como la suya quién le dice no me roban a la Julia. Si desafina un poco ha de ser porque grita y porque ahora me prefiere despierto como debe estar un buen imaginaria.

Pero si me quedo donde estoy, seguro que usted me rompe las costillas con el envi3n que trae y las ganas que me tiene.

Así que le doy el alto.

Porque ahora estoy despierto mi teniente, ahora estoy parado, no me oye mi teniente, ahora le estoy apuntando, por qué se ríe mi teniente, ahora le puse los puntos a la cabeza, a usted no lo conozco, le digo que se pare, ahora tengo el dedo en el primer descanso como me enseñaron en el polígono, alto mi carajo, un tironcito más y esa escupida colorada que le llega hasta la frente, y mientras usted alza los brazos y empieza a bambolearse en una ese que no va a terminar, y mientras todos los perros del mundo están ladrando, ya he movido el cerrojo y otra escupida colorada, aunque ahora no le apunto a usted sino a las Tres Marías, quién le dice que no llega.

Y ahora quién va a decir que no le di el alto, como corresponde, y que usted no contestó, y que no disparé un tiro de prevención, como dice el reglamento, y que después no maté a un desconocido sospechoso que se me abalanzaba con una bicicleta. Aunque ese desconocido sea usted mi teniente, y esté boqueando mi teniente sobre el pasto y pegando unos grititos mientras lo tanteo como si fuera una mujer, como si fuera la Julia, y le encuentro el cargador que me sacó y lo tiro a la acequia antes que lleguen los otros imaginarias blancos por la luna y el julepe.

Si usted tuviera un ratito más, pero no tiene, le explicaría lo del otro cargador que me colgué entre las piernas, ahí donde le dije.

Irlandeses detrás de un gato

El chico que más tarde llamaron el Gato apareció sin anuncio ni presentaciones contra la pared norte del patio, durante el último recreo anterior a la cena. Nadie sabía desde cuándo estaba acurrucado junto a la ventana de la galería que comunicaba los claustros. En realidad, allí no tenía nada que hacer, porque era a fines de abril y las clases habían estado funcionando un mes entero, devorando la última luz del fastidioso otoño interrumpido por largos y aburridos períodos de lluvia. Estaba oscureciendo y el patio era muy grande, consumía el corazón mismo del enorme edificio erigido en los años diez por piadosas damas irlandesas. La penumbra, pues, y el vasto espacio que ni siquiera ciento treinta pupilos entregados a sus juegos podían empequeñecer, explican que nadie lo viera antes. Eso, y la propia naturaleza oculta del recién venido, que lo impulsaba a permanecer distante y camuflado, con su cara gris y su guardapolvo

gris contra el borrón de la pared más alejada del comedor hacia el que, insensiblemente, habían ido deslizándose durante los últimos veinte minutos las bolitas, la arrimadita y la payana.

El chico parecía enfermo, su rostro era como un limón inmaduro espolvoreado de ceniza. Aún no había cumplido doce años, era muy flaco y los primeros que se le acercaron vieron que los ojos le brillaban febrilmente. Tenía una manera de moverse extraña e inhumana, hecha de bruscos arranques y fogonazos de pasión, o lo que fuera, mezclados con el más sutil escurrimiento, alejamiento, de un cuerpo sinuoso y evasivo. Era alto, y sin embargo podía parecer mucho más pequeño gracias a un solo movimiento, en apariencia, de la cintura y de los hombros, como si no tuviera huesos a pesar de su flacura. Todo esto resultaba inquietante y ofensivo.

Este chico al que más tarde llamaron el Gato y que en pocas horas más iba a revelar una porción tan inesperada de su naturaleza gatuna, había viajado la mayor parte del día, y toda la noche anterior, y el día anterior, porque vivía lejos, con una madre que iba envejeciendo, con la que estaban rotos los puentes del cariño y que al traerlo lo paría por segunda vez, cortaba un ombligo incruento y seco como una rama, y se lo sacaba de encima para siempre. Es cierto que en el último minuto, cuando lo dejó en la rectoría con el padre Fagan, consiguió derramar unas lágrimas y besarlo tiernamente, pero el chico no se engañó con eso, porque él mismo lloró un poco y la besó, y sabía perfectamente que tales gestos no importan mucho fuera del momento o el lugar que los provocan o estimulan.

Lo que predominaba en la mente del chico era una perseguidora memoria de caminos embarrados bajo una amarilla luz de miel, de pequeñas casas que se desvane-

cían y de hileras de árboles que parecían las paredes de ciudades bombardeadas; porque todo eso había pasado continuamente ante sus ojos durante el largo viaje en tren y se había sumergido de tal modo en su espíritu que aún de noche, mientras dormía a los sacudones sobre el banco de madera del vagón de segunda, había soñado con esa combinación simplísima de elementos, ese paupérrimo y monótono paisaje en que sintió disolverse a un mismo tiempo todas sus ideas y sueños de distancia, de cosas raras y desconocidas y gente fascinante. Su desilusión en esto tenía ahora el tamaño de la infatigable llanura, y eso era más de lo que se atrevía a abrazar con el solo pensamiento.

Exigencias más urgentes vinieron luego a rescatarlo. El padre Fagan lo transfirió al padre Gormally, y el padre Gormally lo llevó al borde del patio enmurado, inmerso, hondo como un pozo, rodeado en sus cuatro costados por las inmensas paredes que allá arriba cortaban una chapa metálica de cielo oscureciente —esas paredes terribles, trepadoras y vertiginosas— y le mostró los ciento treinta irlandeses que jugaban, y cuando volvió a mirar las paredes verticales, él que nunca había visto otra cosa que la llanura con sus acurrucadas rancherías, una sensación de total angustia, terror y soledad lo poseyó. Fue sólo una erupción de puro sentimiento, que le puso de punta cada pelo de la piel; algo parecido a lo que siente la piel de un caballo cuando huele un tigre en el horizonte. Tal vez comprendió que estaba a punto de conocer a la gente de su raza, a la que su padre no pertenecía, y de la que su madre no era más que una hebra descartada. Les temía intensamente, como se temía a sí mismo, a esas partes ocultas de su ser que hasta entonces sólo se manifestaban en formas fugitivas, como sus sueños o sus insólitos ataques de cólera, o el peculiar fraseo con que a veces decía cosas al

parecer comunes, pero que tanto perturbaban a su madre.

A primera vista, sin embargo, parecían completamente inofensivos esos chicos campesinos, pecosos, pelirrojos, de uñas y dientes sucios, bolsillos abultados de bolitas, medias marrones colgando flojamente bajo las rodillas, con sus amarillos botines Patria de punteras gastadas por la costumbre de patear piedras, latas y pelotas de fútbol, plantas, raíces de árboles y hasta sus propias sombras; piernas fuertes y macizas bien calzadas en esos pesados botines trituradores, cazadores, que uno (él) veía instintivamente apuntados a sus tobillos, o a la parte blanda de la rodilla, donde el agua se junta y se hincha durante semanas.

Lo cierto es que ahí estaba ahora, el Gato acorrallado, contra una ventana, y por supuesto lo primero que dijo Mulligan, que parecía mandar el grupo, cuando lo vio allí acurrucado, como listo para saltar, y no queriendo saltar sin embargo, no queriendo pelear, ni siquiera hablar, lo primero que se dijo, tal vez en su idioma, tal vez en el idioma de su madre que él oscuramente comprendía, dijo Mulligan:

—Hé, parece un gato, y cuando hubo obtenido la razonable cuota de reconocimiento y de risa, y el sobrenombre quedó pegado para siempre al chico que desde entonces llamaron el Gato, inciso en su corazón o en lo que fuera más receptivo al castigo y a la burla, en cualquier cosa que se abriera como un tajo para recibir el cuchillo (porque la herida está allí antes que el cuchillo esté allí, la parte blanda antes que la parte dura, la carne antes que la hoja), cuando estuvo así marcado y al fin sabiendo lo que era, alguien, que podía ser Carmody, Delaney o Murtagh, dijo:

—Cómo te llamás, pibe,

planteando el terreno, firme para ellos y para él desconocido, porque pudo sospechar que una pregunta tan sencilla tenía un sentido oculto, y por lo tanto no era en absoluto una pregunta sencilla, sino una pregunta muy vital que lo cuestionaba entero y que debía meditar antes de responder, antes de seguir, como siguió, un curso oblicuo y propiciatorio, antes de decir

—O'Hara —como dijo.

Pero el nombre ofrecido no quiso hundirse, simplemente flotó como una manzana descartada o una papa podrida flotan en el río. Se lo tiraron de vuelta, chorreando desprecio y exasperación:

—Ese no. Tu verdadero nombre, como si fuera transparente para ellos. Entonces djo:

—Bugnicourt,

que era, ése sí, el nombre de su padre, al que nunca amó ni siquiera conoció bien, un hombre perdido para siempre en las arenas movedizas del agrio recuerdo y la invectiva, su memoria pisoteada por los hombres que siguieron, un fantasma apenado que tal vez espiaba a través de los agujeros de la ácida memoria a la mujer que fue su esposa y después, sin explicación, se volvió la puta del pueblo, pero una puta piadosa, una verdadera puta católica que llevaba al cuello una cadena de oro con una medalla de la Virgen María.

—¿Qué clase de nombre es ése? ¿Sos polaco? —y en seguida, con sombría sospecha—: ¿Judío?

—No —gritó—. No soy judío —profundamente lastimado, sintiendo por primera vez ese impulso de arañar a ciegas cuyo síntoma fue que flexionó suavemente los dedos, como si los guardara y replegara hasta sentir el filo de las uñas en las palmas.

—¿O'Hara es tu madre? —preguntaron.

—Sí.

—¿De dónde es?

—De Cork. Cork en Irlanda.

—Corcho —tradujo Mullahy, que sabía geografía—. Un corcho en el culo —mientras el Gato se movía inquieto en la penumbra, y luego, con repentina decisión, se anotaba el primer punto, su primera movida exitosa frente a la batalla inminente y la pregunta inevitable.

—Mi madre es una puta —dijo sin afectación y así los demoró un instante, horrorizados, incrédulos o secretamente envidiosos de la audacia que permitía decir una cosa como ésa, capaz de hacer temblar el cielo donde planeaban con sus grandes alas membranosas las madres invulnerables y de precipitarlas en un monstruoso cataclismo.

—Oyeron eso —murmuró Kiernan, indagando en la general consternación, en el silencio, en la distancia abierta que ahora sólo podía franquear un jefe.

—Bueno, Gato —dijo Mulligan—. Bueno, Gato —dijo—. Eso me gusta. Sos el polaco, el franchute o el judío más cojonudo que conozco. Lo único que tenés que hacer ahora es pelear con uno de nosotros, después te dejaremos estar y hasta nos olvidaremos de tu vieja, aunque sea una yegua que coge.

—No quiero pelear —repuso el Gato—. Estoy cansado.

—No tenés que pelear conmigo, Gato, yo podría hacerte tiras con una mano atada. Vas a pelear con Rositer, que no tiene más que un buen juego de piernas, pero no pega con la zurda, y al fin y al cabo es un pajero.

—Déjenme solo —dijo el Gato—. No quiero pelear con nadie.

—Pero si te pegamos, Gato —dijo Mulligan—. Si yo te pego. No vas a hacer un papelón, y además tenemos que saber en qué lugar del ranking te ponemos, o vos te creés que esto es un quilombo.

—No sé —dijo el Gato, y de pronto le vieron en la

cara una sonrisa extraña, soñadora y cenicienta—. ¿No podríamos dejarlo para mañana? —tomándolos nuevamente de sorpresa.

Parecieron deliberar, sin decir nada, las preguntas y las respuestas iban y venían en el parpadear de un ojo, el tic de una mejilla, una larga y acalorada discusión sin palabras, hasta que nació un consenso, no el resultado de una votación democrática, sino del peso y la autoridad que fluían por sus canales naturales, hasta que los últimos remolinos de disentimiento se desvanecieron y el lago de la conformidad mostró su cara inocente y pacífica.

—Está bien —dijo Carmody, porque esta vez fue él quien, frente a la pesada inmediatez de Mulligan, inclinó la balanza—. Está bien —desconcertado, sin saber por qué condescendía, si no era por el aguijón de lo nuevo e inesperado y en consecuencia teñido, aún en perspectiva, con algo de lo diabólico. Ahora, de todos modos, era el custodio de la voluntad general y se proponía hacerla cumplir.

Pero otros, por disciplinados que estuvieran en la aceptación de esa voluntad general se alarmaron. Sólo alguien que fuese absolutamente extraño a ellos, más, alguien que en verdad participara de la condición de un Gato, podía postergar una de piñas. Por lo tanto, pensaron, esto ya no era un juego, si es que alguna vez lo había sido.

Y así ocurrió que Carmody, después de imponer su punto de vista, quedó malparado, resbalando sobre un ilusorio punto de equilibrio, sintiéndose abandonado e incapaz de evitar nada de lo que pudiera seguir. Porque tal es la naturaleza de las inciertas victorias que se ganan sobre oscuros pálpitos del corazón.

Mulligan sintió volver la marea, esa honda corriente que hace el prestigio.

—Eh, Gato —dijo—. Eh, ¿cómo es que llegás tan tarde al colegio?

El Gato lo miró de frente y algo parecido a una partícula de ceniza, un diminuto destello, pareció moverse en cada uno de sus ojos.

—Estaba enfermo —respondió, y ahora retrocedieron, como si temieran tocarlo. El Gato lo sintió, una fugitiva sonrisa volvió a jugar en su cara flaca y hambrienta; con asombrosa previsión se lanzó sobre ese fragmento de la suerte, lo arrebató, lo manejó como una pelota atada a una gomita.

—Tiña —dijo, y sacudió la cabeza, y les mostró—. El que me toca se jode —tocándose, en honda burla y parodia de sí mismo.

De nuevo retrocedieron, sin dejar de mirar, y a la luz del crepúsculo creyeron ver en la cabeza del Gato manchas amarillas y grises, y más tarde Collins aseguró que eran como algodón sucio o flores de cardo. Todo el mundo comprendió entonces que la cosa sería más difícil de lo que pensaban, porque el corazón humano se resiste a golpear llagas infestadas o males escondidos, y la índole del obstáculo que ahora los frenaba era, más o menos, del mismo orden que impide o impedía en viejos tiempos levíticos que un hombre toque a su mujer en ciertos días.

Con la cabeza agachada el Gato subrayaba su ventaja y se reía por dentro, observándolos desapasionadamente desde sus ojos curvados hacia arriba, eligiendo a éste o aquél para los futuros días de la retribución y del placer gatunos, porque no menospreciaba la caza ni ignoraba las mudanzas del tiempo.

Los puños se abrieron, ola tras ola de placer desaparecido, de legítima excitación robada escalaron como nubecitas de humo las vertiginosas paredes. En mitad de ese asombro sonó la campana llamando a cenar. For-

maron sin ganas contra la pared del comedor, bajo los ojos saltones e inyectados del celador de turno que —certeros para atrapar el motivo central de cualquier desgracia— llamaban la Morsa, por esos dos incisivos que, como largas tizas, quedaban siempre a la vista, aun cuando cerrara la boca. Sin que nadie se lo indicara, el Gato encontró su lugar en la fila, y ese lugar que encontró sin previo ensayo le cuadraba perfectamente de modo que ahora quedaba inadvertido entre Allen y O'Higgins, aunque la fila entera sentía su presencia impune como un ultraje.

Después del rezo, el Gato comió despacio. Bajo la lámpara de pantalla verde, entre los azulejos y sobre las mesas de mármol, en esa enfermiza y espectral blancura que daba al comedor el aire de una sala de hospital, su aspecto no mejoró. Parecía más enfermo, ladino y gris, incómodo para mirar, irradiando esa escandalosa certeza de que uno no podía ser él, bajo ninguna circunstancia y mediante ningún esfuerzo de la imaginación, mientras que podía ser Dashwood, o Murtagh, o Kelly, casi sin desearlo, como en efecto ocurría a veces. Su ajenidad era abominable, y los seis chicos sentados con él en la última mesa, que eligió con la misma precisión con que había tomado su lugar en la fila, apenas se decidían a comer. El guardapolvo nuevo del Gato brillaba con un lustre metálico y verdoso, usaba corbata negra y el cuello de su camisa estaba arrugado. Pero lo que más impresionó a los que realmente se atrevieron a inspeccionarlo fue el largo, largo cuello, y la forma en que se arrugaba cuando ladeaba de golpe la cabeza, y el espectro, el fantasma, la adivinada y odiosa sombra de un bigote gris. Era feo el Gato.

Luego los platos y las fuentes quedaron vacíos, y todos los ojos vacíos miraron al frente, y a una sola señal de la Morsa, la conversación murió. Exteriormente,

nada había ocurrido. Sin embargo, en el alma misma del rebaño acababa de producirse un cambio. Silenciosamente, entre el primero y el séptimo y el último bocado de la sémola friolenta, blancuzca, apelmazada que noche a noche mantenía al pueblo con vida, sus líderes fueron derrocados, mediante un proceso desconocido inclusive para ellos. Mulligan y Carmody lo supieron, aunque nadie dijo una palabra. Habían fallado ante su gente, y otros desconocidos aún, ocupaban sus lugares. Así debía ser. El pueblo no quedaba ligado por la palabra dada en un momento de debilidad por un sentimental fracasado como Carmody.

¿Lo adivinó el Gato? Apenas tragó la última cucharada, sus pies comenzaron a moverse sin ruido, pedaleando sobre el piso en un estacionario corre-corre-corre, como un ciclista que se entrena o un boxeador haciendo sombra contra el cercano futuro que se agranda, zambulléndose en la corriente de los hechos, siendo arrastrado cada vez más lejos por su propia ansiedad, corriendo en una amortiguada pesadilla.

La Morsa lo sintió también mientras rondaba el llamado comedor, poniéndose cada vez más colorado, sintiendo la necesidad de decir algo, oliendo oscuramente el aire asesino, enfureciéndose, hasta que al fin se paró frente a todos y barbotó:

— ¡Pórtense bien, ustedes! ¡O les rompo el alma a patadas!

Y de este modo se expuso a un silencioso ridículo.

Salieron al patio y la noche y volvieron a ponerse en fila. Había en el aire un mensaje de los campos tras las altas paredes, un aroma dulzón que el Gato sintió, y entonces miró al cielo que en ese preciso momento, siete de la noche, fines de abril de 1939, ostentaba una Cruz majestuosa y una proliferante Argonave.

Pero el suelo era de piedra, grandes lajas de pizarras

grises o celestes, pulidas por el tropel de las generaciones hasta un hermoso acabado de finas vetas, extendiéndose lejos hacia las gráciles arcadas de los claustros que brillaban casi blancos contra el mar de sombra que empezaba detrás. En algún momento del día había llovido, quedaban charquitos de agua en las hondonadas de la piedra, y el Gato los cotejó contra las suelas de sus botines nuevos, mientras algo todavía refrenaba a la Morsa, que no daba la orden de romper filas, y por un momento pareció que volvería a hablar, pero al fin se encogió de hombros, dio la orden y el Gato saltó.

Saltó, otros dicen que voló por encima de sus cabezas, elevándose tal vez dos yardas, y la fuerza de su quemante impulso lo llevó hacia adelante como en un sueño, planeando, cinco, diez yardas, navegando sobre su flotante guardapolvo, hasta que al fin tocó la piedra y las punteras de fierro de sus botines arrancaron de la dormida piedra un chaparrón de chispas, un doble chorro de fuego, signo por el cual fue reconocido más de una vez en esa larga noche, cuando ya parecía haber desaparecido para siempre. ¡Fogoso Gato! ¡Tu terrible desafío aún vibra en mi memoria, porque yo era uno de ellos!

¡Pero qué fue más admirable, ese espantoso salto, o la serena determinación con que Irlanda mandó al frente a sus guerreros! Fácilmente se desplegaron, casi a paso de marcha, Dolan en una punta, Geraghty en el centro, el pequeño pero ingenioso Murtagh a retaguardia, y este único y sencillo movimiento bloqueó todas las posibles retiradas y siguió invisible hacia adelante, entre la renovada prestidigitación del ainenti y el candor del hoyo-zapatero y las conversaciones que disimulaban todo, de suerte que ni siquiera los ojos adiestrados de la Morsa (siempre al acecho de algo que mereciera castigo excepcional) vieron otra cosa que ese enloque-

cido chico nuevo, el Gato, que como un rayo pasaba en diagonal hacia el claustro de la derecha.

En algún lugar del patio se oyó el sonido de la armónica, que Ryan tocaba en un agudo bailarín y gozoso, como un pífano guerrero, alentando la fiebre del combate. A la izquierda Murtagh corrió un poco, apenas lo bastante para taponar la galería entre los claustros, y llegó a tiempo para ver la sombra del Gato, a sesenta yardas de distancia en el extremo opuesto.

El Gato probó allí la primera cucharada de un amargo dilema. A su derecha estaba la puerta abierta de la capilla, exhalando un enfermizo olor a cedro, cirios y flores marchitas. Se asomó y vio a un cura muy viejo arrodillado ante el altar, murmurando una oración o, tal vez, durmiendo en voz alta, con los ojos cerrados. A su izquierda el largo corredor, con una puerta de vidrio que daba a la rectoría y la agazapada sombra de Murtagh en contraluz. Y al frente, una escalera que se internaba en la oscuridad. Subió ciegamente.

Murtagh abrió una ventana de la galería y con el pulgar hacia arriba hizo una seña a Geraghty, que aguardaba sin prisa en el centro del patio. Geraghty, a través de anónimos mensajeros, comunicó la novedad a Dolan, que se había quedado muy atrás, a la derecha del largo semicírculo de cazadores, y sobre quien había descendido silenciosamente el águila del mando. Dolan reflexionó y dio sus órdenes. Mandó a Winscabbage, que era estúpido pero de anchas espaldas, a retener la encrucijada que tanto había desconcertado al Gato e impedir a toda costa su regreso. Después transmitió a Murtagh la señal de tomar sus propias disposiciones, y Murtagh llamó al pequeño Dashwood y le ordenó que se quedara allí y gritara si venía el Gato, porque el pequeño Dashwood no podía pelear a nadie, pero era capaz de exorcizarse los propios demonios del aullido. Hecho esto, la línea

entera se replegó, mientras los jefes se reunían para deliberar y escuchar el consejo de Pata Santa.

Pata Santa Walker tenía una pierna más corta que la otra, terminada en un botín monstruosamente alto, rígido, inanimado como un tronco muerto que arrastraba al caminar, y una noble cara afilada y olivácea de ojos visionarios. No era un líder y nunca podría serlo, aunque aseguraba descender de reyes y no de pobres chacareros de Suipacha, pero la intensidad y concentración de sus ideas lo sustraían al círculo de la piedad en que otros simples desgraciados —un epiléptico y un albino, dos rengos más y un tartamudo— chapoteaban.

A Pata Santa le sobraba tiempo para pensar mientras los demás jugaban al fútbol o al hurling, y los líderes tenían que escucharlo.

—Subirá al dormitorio —vaticinó como si realmente estuviera viendo al Gato—, y después irá hacia atrás.

—¿Y después?

—Puede aparecer a nuestra espalda. Si lo dejamos bajar, lo perdemos. Se convierte en uno de nosotros.

—Hay que mantenerlo arriba —concordó Murtagh.

Dolan mandó a Scally y Lynch a cubrir las otras dos salidas del patio.

El gato estaba ahora en una trampa. Cuatro lados, cuatro ángulos, cuatro escaleras, cuatro salidas, todas custodiadas. Moviéndose cautelosamente en la oscuridad, encontró un descanso y una puertita de madera que daba al coro. Se asomó y vio una vez más el altar, el cura inmóvil, el Cristo sangrante y repulsivo y el par de arcángeles de plumas azules sosteniendo candelabros eléctricos. En el coro había un órgano empinando la silueta en la penumbra y rosetas de vidrio que daban a alguna parte de la noche y del cielo. Pero algo ajeno a él mantenía al Gato en movimiento; retrocedió, siguió subiendo y volvió a encontrarse en los ángulos rectos de

la decisión. A su izquierda había una larga serie de puertas que se abrían sobre un pasillo; a su derecha, un dormitorio con dos hileras de camas blancas. Se acurrucó, reflexionó, después, caminó sigilosamente por el desierto dormitorio, la interminable perspectiva de camas. No había luz, salvo dos bombitas de veinticinco vatios, separadas por cincuenta pasos, como dos grandes gotas traslúcidas de sangre. El Gato se asomó a una ventana, vio un parque con luz de estrellas, oscuros pinos y araucarias, el portón de entrada por donde había venido con su madre y, más lejos, el blanco camino pavimentado y la señal del ferrocarril que cambiaba de rojo a verde. Así que ése es el sur, pensó, pero no exactamente el sur. Bajó la vista al camino de guijarros: la distancia era siete u ocho veces la altura de su cuerpo, y de todas maneras él no quería volver al sur. Ahora trató de recordar el aspecto que tenía el edificio cuando lo vio por primera vez esa tarde, pero no pudo, y maldijo la estéril emoción que bloqueaba ese recuerdo. Su madre iba de regreso al pueblo en un tren lejano.

En el patio la Morsa se paseaba frenéticamente, persiguiendo la persecución, exigiendo una parte en la invisible ceremonia, pero cada movimiento sospechoso resultaba pertenecer a un juego inofensivo que, cuando se paraba a preguntar, se le aferraba en forma de otras preguntas inocentes, dirigidas en debida y respetuosa forma a un superior y adulto, robándole tiempo y atención, embotando su iniciativa y de ese modo impidiéndole ubicar la zona donde verdaderamente transcurría el mal. En eso también la comunidad era astuta, su población civil distraía al enemigo o al intruso. Y así la Morsa no descubrió nada y supo que no iba a descubrir nada a menos que mentalmente pudiera identificar al jefe, pero apenas pensó en Carmody lo vio a cuatro pasos de distancia, cambiando el Pez Torpedo por Ber-

nabé Ferreyra, y en seguida vio a Mulligan junto a la pared midiendo con la palma chata sobre el suelo las chapitas de la arrimada. Así que maldijo en voz baja, sabiendo que debía esperar casi una hora antes de tocar la campana para el rosario, y volvió a maldecir contra la luz fangosa del patio e incluso contra esas viejas piadosas y amarretas de la caritativa Sociedad de San José. Fue entonces cuando en el centro del patio estalló una falsa gresca, y al amparo de esa conmoción Dolan y sus secuaces se derramaron por la escalera posterior de la derecha, mientras Murtagh y los suyos iban por la izquierda seguidos por la armónica que alternaba el fino sentimiento de *Mother Machree* con el denuedo de *Wear on the Green*.

Arriba el Gato siguió avanzando hasta encontrarse nuevamente en un ángulo recto, en un rellano, mirando hacia abajo, a la sombra, y queriendo tomar una decisión. Bruscamente resolvió probar las defensas allí y bajó como una catarata.

Desde el centro del patio, donde la ilusoria pelea se desvanecía rápidamente en presencia de la Morsa, la escena se vio así: primero hubo un grito penetrante, luego un breve choque, y en seguida el pequeño Dashwood salió despedido, pateando y gimiendo como un cachorro loco. En el acto se formó a su alrededor un círculo, y entonces todos observaron la marca del Gato: una serie de profundos rasguños, paralelos y sangrientos, en su mejilla derecha. McClusky y Daly ocuparon silenciosamente su lugar, mientras otros lo llevaban al surtidor para lavarle la cara y oírle decir:

— ¡Le pegué! ¡Le pegué! ¿No me quieren creer?

Se corrió la voz: el Gato había golpeado. Ahora las caras estaban sombrías, pero nadie perdió su valor.

Tras enfrentar y aporrear a Dashwood, el Gato desanduvo su camino. La pelea estaba ahora adentro de él,

se derramaba por su sangre en una incesante, incontenible filtración. Sentía su propio olor, acre, humeante, inhumano, como el que deja un rayo al golpear la tierra, y un deseo casi intolerable de matar y huir, de hacer frente y volver a golpear y huir nuevamente, que le inundaba el cerebro y lo dejaba a merced de oscuras corrientes que fluían insensatas por su cuerpo. Se sentía transportado y repelido, se agazapaba y se zambullía y se ocultaba y volvía a cargar sin un momento de reflexión, nadando en esa poderosa corriente de miedo y de odio mientras dejaba atrás otro pasillo y otra hilera de puertas que probó y encontró cerradas con llave menos una, fileteada de luz, que filtraba una música lánguida y envolvente, y que no quiso probar. Escuchó allá adelante un tropel de pasos, se apelotonó y rodó al interior de un baño, el hedor de una letrina, y oyó pasar voces amortiguadas y llenas de excitación, "Por aquí, tiene que haber venido por aquí". El Gato adivinó que enseguida volverían, las aletas de la nariz empezaron a temblarle, llegó a pensar Aquí no, y salió antes que la red terminara de cerrarse.

Lo vieron, giraron sin prisa, como si estuvieran seguros de que ahora no podría escapar. Ese pausado movimiento asustó más al Gato que una arremetida, y aun antes de volver a saltar comprendió por qué: habían dejado un retén en el descanso. Eran dos y lo esperaban, sólidos, inmovibles, sin miedo, con las piernas bien separadas, los puños enarbolados. "Venga, gatito" dijo uno. "Vamos, minino, ahora tiene que pelear." Vio la brecha entre ambos y se zambulló, y ese movimiento tan simple volvió a tomarlos desprevenidos porque eran peleadores a golpe de puño que no concebían otro tipo de lucha.

El Gato cayó sobre el codo derecho y el hueso propagó por todo su cuerpo un instantáneo ramaje de do-

lor. Sus perseguidores se habían precipitado sobre sus piernas y no sólo lo golpeaban a él sino que se daban entre ellos. Ahora el Gato estaba parado, arrastrando a uno que se aferraba a su guardapolvo, y los demás venían a toda carrera. El Gato hizo un solo movimiento con la cabeza, una breve media vuelta, y el hueso de la frente chocó en carne blanda, que podía ser una mejilla o un ojo. El otro chico no gritó ni soltó el guardapolvo hasta que se desgarró, y ese gran pedazo de tela gris fue llamado la Cola del Gato y llevado en triunfo desde entonces como un trofeo, un estandarte, un anuncio de la próxima victoria.

Pero el Gato estaba libre y corría hacia una puerta, y detrás de la puerta otra larga sala penumbrosa con dos hileras de camas, y mientras corría, de una cama tras otra se alzaban espectrales sombras que se sentaban y lo miraban con ojos huecos como los muertos saliendo de sus tumbas, y fue entonces cuando sus ferrados botines volvieron a arrancar de los mosaicos de la enfermería un doble surtidor de chispas y por primera vez imaginó que eso no estaba ocurriendo, pero no se paró, una nueva inyección de pánico se resolvió en otro gigantesco salto y de ese modo había llegado a la cuarta esquina en lo alto del mundo.

En el patio la Morsa se había apoderado de Dashwood y lo sacudía sin conseguir que hablara o por lo menos que dejara de balbucir una absurda invención de haberse golpeado contra una pared. Lo dejó parado en el centro del patio y por un momento pensó en llamar en su ayuda a Dillon que estaría en su pieza leyendo novelas policiales o escuchando vals en su viejo fonógrafo, pero no lo llamó. Puedo arreglarme, pensó. Y luego: Yo les voy a enseñar, poniéndose al acecho en uno de los claustros hasta que vio una sombra que cruzaba silenciosamente la arcada, diez pasos más lejos. Corrió

tras ella, atrapó a Murphy por el cuello y lo abofeteó en la oscuridad. Murphy chilló y la Morsa volvió a abofetearlo.

—¿Así que se divierten, eh? ¿Dónde están todos?

—¿Quiénes? —gimió Murphy—. ¿Quiénes?

—No te hagas el imbécil. Los que persiguen al nuevo.

—No sé nada —dijo Murphy—. Tengo que vestirme para la bendición.

—Ah, sí —dijo la Morsa dándole un coscorrón en la cabeza.

—¡El padre Keven me espera! —chilló Murphy.

—Ah, sí —dijo la Morsa, y entonces otra voz a su lado dijo—: Ah, sí —y vio la mandíbula de fierro y los ojos helados del padre Keven que con la estola en la mano lo miraba desde la puerta de la sacristía—. Véame mañana, en la rectoría —mientras acariciaba suavemente a su lastimado monaguillo.

Dolan y su estado mayor aguardaban en el cuarto descanso. Oyeron el tumulto en la enfermería y de golpe el Gato apareció cruzando la puerta, se paró y se quedó mirándolos.

—Hola —dijo Dolan, que no era alto, pero sí era fuerte y tenía ojos pardos en una cara cuadrada y maciza como la de un bulldog, con un mechón de pelo amarillo, caído sobre la frente, que se sacudía cada vez que hablaba—. Hola —dijo.

—Me doy por vencido —jadeó el Gato.

Al oírlo todos se echaron a reír.

—Peleo con el que quieran —dijo.

—No habrá pelea —dijo Dolan—. Te dimos una chance y no quisiste. ¿Sabés lo que habrá? Te desnudaremos hasta el hueso.

—Uno de ustedes tiene que pegar primero —propuso el Gato—. Déjenme pelear con ése.

—¿Para qué?

—Para que vean que no le tengo miedo a ninguno.

Volvieron a reírse y sin embargo una cuña había penetrado en ese sólido frente, el desafío colgaba como un trapo rojo y el grupo empezó a disolverse en individuos y a deliberar en silencio como antes, mientras el Gato se movía sin moverse, se deslizaba casi imperceptible y resbaloso y gris hacia una puerta oscura, lenta pero rápidamente mejorando su posición, sintiendo contra la espalda la dura pared que le daba una nueva seguridad, la promesa de un redoblado brinco, pero sin quitar los ojos de Dola, que ahora vaciló un instante, y eso bastó para que alguien saltara al frente diciendo:

—Dejenme,

y antes que Dolan pudiera oponerse hubo una gran ovación que sólo fue quebrada por el Gato mismo, alzando una mano y ordenando casi a los demás que retrocedieran, cosa que hicieron casi con pesar sintiendo una absurda salpicadura de autoridad que de pronto emanaba del Gato quien al fin se había colocado en guardia, lúgubre y sereno y plantado con justeza, y entonces todos vieron el buen estilo y el perfil medido, el puño izquierdo alargado casi con despreocupación, el dorso del derecho levemente apoyado en la base de la nariz bajo los ojos deslumbradoramente vivos, el Gato que empezaba a girar en círculo alrededor y alrededor de Sullivan, hasta que su espalda estuvo contra el oscuro hueco de la puerta, y entonces simplemente caminó hacia atrás y se fue, jugándoles la última pero más fantástica broma de esa noche.

Aquel refugio final era el lavadero, una gran habitación cuadrada y sofocante con una sola puerta y una ventana en la que se recortaban sombrías arboledas. En el centro se erguía una enorme máquina de lavar cuyos cilindros de cobre brillaban suavemente en la luz al-

macenada y reflejada por montañas de sábanas que se alzaban desde el piso hasta el techo exhalando un ácido olor a sueño, transpiración y solitarias prácticas nocturnas. El Gato tropezó, cayó, se hizo una pelota y salió convertido en fantasma hacia la ventana, guiando la caliente ola de persecución que de pronto inundó la estancia con un sordo reverbero de pasos y de gritos. Casi en un solo movimiento abrió la falleba y trepó al antepecho. Una mano lo sujetó, pero ya saltaba hacia la vertiginosa oscuridad.

Diez minutos antes de lo establecido la Morsa tocó la campana llamando a bendición y empezó a meter a todo el colegio en la capilla, casi por la fuerza, yendo y viniendo con prisa frenética a lo largo de la fila, gruñendo y manoteando, "Vamos, vamos, pronto", sin detenerse a contarlos, "Pronto, no se queden dormidos", mientras rezagados y desertores de la cacería volvían trotando y se incorporaban sin ser interrogados, porque mañana habría tiempo para eso, para la distribución de culpas y castigos que esta vez, se prometió apretando los dientes, haría temblar a las piedras, "Pronto, dije", dando un coscorrón al último y allá adelante Murphy prendía las velas del altar mientras el padre Keven salía en oro y esplendor mirando desconfiado hacia la puerta y Dillon bajaba la escalera ajustándose la corbata para recibir su turno con la cara llena de sueño y de estupor.

—Después te explico —le dijo, y empezó a subir por el camino del Gato.

Debajo de la ventana del lavadero había una leñera con techo de chapas que resonó como un cañonazo bajo el impacto del Gato, poblado el aire nocturno de chillidos de pájaros y remotos ladridos de perros. Mientras se incorporaba sintió que se había recalcado el tobillo y recordó la mano que lo había sujetado desviándolo de su línea de equilibrio. Resbaló cautelosamente por la

pared del cobertizo, vio las caras blancas de sus perseguidores allá arriba en la ventana y mientras rengueaba hacia un alto cerco de alambre oyó la campana en la capilla que llamaba a bendición, como la serena voz de Dios o como esas otras voces dulces que a veces se oyen en sueños, incluso en los sueños de un Gato.

En el oscuro centro del patio, el pequeño Dashwood estaba olvidado. Sabía que la caza continuaba porque no había visto regresar a los líderes. Por un momento deseó correr a la capilla, arrodillarse y rezar con los demás, unir su voz al coro rítmico y cálido que en elogio de la Santa Virgen María brotaba ahora de la puerta en ondas mansas y apaciguadoras. Pero nadie lo había relevado de su deber. Además, estaba herido en combate y quería saber cómo terminaba. Acalló sus temores y empezó a deambular por el vasto edificio, buscando una señal o un ruido.

Desde el lavadero, Dolan vio al Gato que se alejaba en la sombra. A su espalda se ataban sábanas para formar una larga cuerda, mientras Murtagh y otros bajaban corriendo la escalera y saldrían por los fondos en, quizás, treinta segundos. La lucha no había concluido.

Amargado, sombrío, sentado en una pila de sábanas, Walker callaba y despreciaba. De puro pálpito, gracias a una imaginación infatigable y certera, había conseguido estar en el lugar de la batalla en el momento justo, para que ese montón de imbéciles la dejara evaporarse. No podía correr, como había hecho Murtagh, no podía volar, como en ese mismo instante estaba haciendo Dolan, sólo podía pensar. Tardaría más de cinco minutos en bajar la escalera y salir por el fondo. Su rostro se desfiguraba en una mueca de tormento espiritual al ver cómo los dioses se perfilaban nuevamente contra él.

El Gato no trató de saltar el cerco. Una sola mirada, dada con el tobillo lastimado, el dolor incluido en el

circuito de visión, le demostró que era inútil. Además, detrás del cerco estaban el mundo y su casa, adonde no quería volver. Prefería jugar su chance aquí. Se tendió tras una pila de cajones, apoyando la cara en el pasto dulce y frío, y a través de los resquicios de la pila vio los guerreros que se derramaban por el campo, desde el frente y desde el fondo, y luego a Dolan que bajaba flotando como una enorme araña nocturna en su plateado hilo de sábanas. De los vitrales de la capilla venía un manso arroyo de palabras extrañas, destinadas quizás a condoler y aplacar

Turris eburnea

—Pray for us!

pero el Gato no se sintió condolido ni aplacado.

El pequeño Dashwood había encontrado su camino hacia la puerta del frente y salió al penumbroso parque de pinos y araucarias. Ahora temblaba un poco porque estaba completamente solo en un mundo exterior cuyas reglas ignoraba. Nunca se había atrevido a ir tan lejos. De golpe lo asaltó una aguda nostalgia de su madre. No se oía otro ruido que el sordo retemblor de un camión en la ruta o el chistido más agudo de las gomas de un auto, hasta que repentinamente todas las ranas se pusieron a cantar. Dobló hacia la izquierda, canturreando él también, en voz muy baja, para no tener miedo.

Los cazadores se habían desplegado en un amplio semicírculo cuyos extremo se apoyaban en el cerco. Dolan les ordenó alto mientras examinaba el terreno. Vio a la izquierda un gran tanque de agua sobre pilotes de cemento; chorreando sonoramente su exceso en una charca; en el centro, oscuros matorrales; a la derecha, una pila de cajones. En algún lugar de ese semicírculo de ochenta yardas de diámetro debía esconderse el Ga-

to, pero no tenían que apretujarse alrededor sino formar una barrera en terreno despejado hasta encontrar un método que lo sacara de su escondite. Se sentó en el pasto y encendió un cigarrillo mientras pensaba.

En la capilla el padre Keven mostraba la custodia a un soñoliento auditorio. Era un hombre áspero, con una úlcera que lo roía especialmente durante dos oficios divinos, lo que sin duda era debido al enfermizo olor del incienso. El celador Dillon miró su reloj y se ubicó junto a la entrada.

La Morsa recorría a la inversa la ruta de la caza. En el descanso del lavadero pasó junto a una sombra acurrucada en la oscuridad, sin verla. Era Walker que había agotado la tortura de la cavilación y se sentía nuevamente guiado por una furiosa certeza que en seguida volvió a ponerlo en movimiento, arrastrando escaleras abajo su pata inútil y pesada como una culpa, tomándose de la baranda y dejándose caer escalón por escalón.

Cuando la Morsa entró en la enfermería, los enfermos se alzaron unánimes en una ola llena de índices y exclamaciones que por supuesto lo mandaron en la dirección equivocada, y cuando lo vieron irse se arracimaron nuevamente junto a una ventana lateral que les permitía observar algo de lo que ocurría abajo. La Morsa bajó por la otra punta del edificio, salió al campo, ambuló, perdido, rumbo a la desierta cancha de paleta.

El Gato vio apagarse las luces de la capilla, después el destello de agonía de los cirios del altar, sintió un flujo de movimiento hacia arriba, una tibia corriente de vida que ascendía rumbo al sueño por sus cauces prefijados, dejándolo solo, él y sus enemigos, ese oscuro círculo señalado de tanto en tanto por la brasa de un cigarrillo. Una raya instantánea de luz recorrió las ventanas superiores del dormitorio. Entonces Dolan dio una orden y una rala hilera de exploradores comenzó a con-

verger sobre el escondite del Gato, mientras los demás se aguantaban en campo descubierto.

El Gato miró hacia el este, vio un manchón de luz cenicienta entre las ramas bajas de los árboles. Estaba saliendo la luna. Su mano apretaba una piedra del tamaño de una manzana mientras el terror volvía a cabalgarle en la sangre.

En el parque. Dashwood se había cansado y extraviado. Su hermosa cara estaba desfigurada por el zarpazo del Gato, la sentía inflamada y dolorida. De tanto en tanto había creído oír los ecos de la caza, un grito, un acorde suelto de la armónica, pero siempre se había equivocado. Las campanadas de la bendición quedaban muy atrás, entre sus recuerdos de ayer y del pasado en general. Ese corte en el flujo de la realidad lo asustó: bruscamente sintió ganas de correr hacia el camino y no volver más, nunca más. El edificio del colegio se alzaba como un dragón alto y sombrío con su reluciente dentadura de luces en los dormitorios. Quería que su madre lo hiciera dormir. De pronto se sintió muy triste y se sentó en el pasto, metió la mano en el pantalón y empezó a acariciarse. Eso le dio consuelo, una especie de indefinida felicidad, como flotar muy alto sobre los campos y los pueblos, liviano como un chajá que baña su plumaje en la luz del sol y la altura de las nubes, un placer sereno que nunca llegaba a culminar, porque era muy chico para eso, pero ya no le importaba que el dragón avanzara sobre él con sus dientes amarillos y lo devorase.

La parábola de la piedra estuvo medida al centímetro. Silbó aguda en la noche, sin que nadie la oyera salvo el Gato, hasta que chapoteó sordamente en la charca debajo del tanque. Entonces ya nadie quiso escuchar las órdenes y maldiciones de Dolan, el círculo se fundió en una única embestida, la red se disolvió en una sola ola de excitación y coraje, y hasta la armónica asumió los pri-

meros compases de la Carga de la Brigada Ligera, alegrando inclusive el corazón del Gato que ya se arrastraba invisible hacia la leñera, empujaba la puerta entreabierta, se confundía con la tiniebla que olía a humedad y piquillín, a sarcasmo y a refugio.

Allí su suerte lo alcanzó. La puerta se abrió de un golpe o de un grito, y allí estaba Walker, recortado en la luna, arrastrando su pata santa y su quemante aliento, la cara saturnina brillando con la luz de la verdad y la revelación. El Gato se ordenó saltar, pero en cambio gimió, atrapado en el aura supersticiosa que emanaba de su verdugo, en la ley que ordenaba que el más pesado y lento de todos, el que no podía correr ni volar, lo reclamara como presa.

Cuando llegó al lugar Richard Enright, 23 años, por mal nombre la Morsa, la batalla había sido librada, y ganada y perdida. Las sombras de los guerreros seguían filtrándose por las entradas del edificio dormido y la luna brillaba sobre la forma casi insensible del chico que desde entonces llamaron el Gato, tendido sobre el pasto, diciendo palabras que Enright no intentó comprender. El celador lo miró, terriblemente golpeado como estaba, y comprendió que ya era uno de ellos. La enemistad de la sangre había sido lavada, ahora quedaban todas las otras enemistades. En diez días, en un mes, se convertiría realmente en un gato predatorio al aceho de tentadores pajaritos. Los aguardaría en un pasillo oscuro, detrás de la puerta de un baño, escondido en un matorral, y golpearía. Si le daban botines de fútbol, trituraría tobillos; si le daban un palo de hurling, apuntaría astutamente a las rodillas. Con un poco de libertad, con un poco de suerte, con un poco de la fiebre del deseo, con un relumbre de la gloria de las batallas, el águila del mando bajaría a su turno sobre él. Y sin embargo Enright sabía que el alma del Gato estaba llagada

y sellada para siempre. Trató de imaginar lo que sería cuando fuera un hombre, trató de inducir alguna ley más general. Pero no pudo, no era demasiado inteligente y al fin y al cabo no era cosa suya.

—Vamos, pibe —le dijo tomándolo de la mano, ayudándolo a levantarse, aguantándose firme contra la mirada fija y sangrienta con que un solo ojo del Gato lo miraba—. Vamos —palmeándole la espalda, como los demás lo palmearían mañana, la semana que viene—. Parece que perdiste el camino al dormitorio.

El Gato sollozó brevemente, después retiró la mano.

—Puedo caminar solo —dijo.

Corso

Vos sabés cómo nos divertimos, el corso era un asco pero nosotros nos divertimos igual. El Angel se consiguió unos plumachos, dice que los trajo de la isla y que crecen en una planta, pero eran como plumas de avestruz. Después me fijé que en un quiosco los vendían a veinte sopes cada uno, qué atorrantes, imaginate que esas cosas crecen en los árboles y los tipos las venden a veinte mangos.

Hacía un tornillo que te la debo, pero igual las minas andaban casi en bolas en las carrozas, yo siempre digo que estas ñatas con tal de andar en bolas hacen cualquier cosa. El Angel y yo empezamos a pasarles los plumachos por las gambas, vos sabés qué plato. A las tipas les gustaba, pero algunas ponían cara seria para disimular, vamos, viejo, a quién no le gusta que le hagan cosquillitas. Un jetón que iba en una picá llena de florcitas le dijo al Angel por qué no se las metés a tu abuela y el Angel le

refregó el plumacho por la cara. El tipo hizo como que se bajaba pero cuando nos vio las caras subió el vidrio y la dejó a la hermanita en el capó y el Angel le rompió tres plumachos entre las gambas, estuvo exagerado.

Pero lo grande fue cuando vino el hindú en un forcito del tiempo e mama. Este hindú venía todo desnudo, menos un calzoncillo cerradito y un turbante en el melón con una piedra divina, te lo juro. Iba sentado en el capó, con las patas cruzadas, seguro que lo vio en el cine. Con una mano se agarraba la barriga, y con la otra se tocaba la piedra del melón y después el pecho y saludaba, hablando bajito en un idioma. Pero lo mejor que hacía este hindú era que en cada bocacalle se tomaba un trago de un frasquito, prendió un fósforo y escupía unas llamaradas de samputa.

Cuando el Angel lo vio, se quedó enloquecido y empezamos a seguirlo. Yo le decía dejame de joder, mirá las minas, y el Angel nada, el hindú lo tenía entusiasmado, lo miraba de arriba abajo como si fuera Nélide Roca. Ahí supe que iba a hacer una cagada, porque el Angel será lo que vos quieras, menos eso.

Cuando quise acordar estábamos frente al palco el hindú con el forcito y al lado el Angel y yo detrás. Entonces el hindú mirando el palco donde estaba el intendente, echa la cabeza para atrás y se manda un trago doble de la nasta, y mirando al cielo se arrima el foforito. Y en eso lo veo al Angel que levanta el plumacho y lo toca justito en el hueso de la garganta, y el hindú empieza a escupir fuego hasta por los ojos y se siente un olor a bife que no te cuento, el hindú parece que se quema, y yo hago lugar para los bomberos, o sea que me rajo. Y por la otra vereda lo veo al hindú que lo corre al Angel, y ya no le habla en el idioma sino que le dice la puta que te parió, la puta que te parió, y menos mal que no lo agarra porque si no lo mata. Al rato nos encontramos

con el Angel en la estación, el Angel hace como que me habla en el idioma, y nos meamos de la risa, viejo, vos sabés qué plato.

Indice

Nota	7
Esa mujer	9
Fotos	21
El soñador	55
Imaginaria	63
Irlandeses detrás de un gato	71
Corso	97